

NÚMERO 17 /NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2023

TACHES Y TACHONES

REVISTA BIMESTRAL DE LITERATURA, ARTES
Y ALGO MÁS



WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA

TACHES Y TACHONES

DIRECTOR
Rodolfo O.

DIRECTORA EDITORIAL

Patricia Castillejos

CONSEJO EDITORIAL

Laura Pérez Martínez
Angelina Rivas Avila
Mónica Teresa Müller
Alejandro Ordóñez

COLABORADORES

Ítalo Mario Ruas Arias
Ana Lourdes Ross Aguilar
Marilú Ricalde
Gabriela Ardila
Ari Guzmán
Gildardo Montoya Castro
Eugenio Federico Gatti Traut
Silvana Chavez
Cesar Yair Sanchez Esquivel
Álvaro Sánchez Ortiz

DISEÑO

Taches y Tachones

PORTADA

Alejandro Martínez

Derechos reservados.
taches y tachones



Editorial

¿Quién levantará el tiradero?

Una pregunta que se repite desde hace generaciones y no atinamos a contestar, mientras las cosas se complican día tras día. Hace menos de un siglo la humanidad se conmovió al conocer las atrocidades del Holocausto. Inclusive los que aún no nacíamos entonces, nos estremecemos al contemplar las fotografías de esos seres famélicos que lograron sobrevivir a la masacre. Nunca más, dijo la gente, nunca más dijeron los países y los organismos internacionales; sin embargo, la realidad se ha encargado de desmentir los buenos propósitos. Hoy sorprende la intransigencia de los bandos que se niegan a buscar acuerdos. Hoy que nos es dado contemplar lo que ocurre en lejanos confines horroriza ver a jóvenes cantando, bailando, celebrando la muerte del enemigo, pero no se trata de un ejército armado; ni se piense que es un acto de legítima defensa. Se burlan y celebran el asesinato de niños, de bebés que inermes pierden la vida en forma inhumana y absurda; todo porque, dicen, así les fue ordenado hace más de dos mil quinientos años. ¿Cuánto sufrimiento, cuántas vidas, familias desintegradas, cuántos miles de millones de dólares destinados a la destrucción, en lugar de construir un mundo mejor? ¿Quién levantará el tiradero? Veo a mis hijos y nietos y me pregunto si serán ellos y sus generaciones quienes por fin pongan punto final a esta comedia de desatinos que nos persigue desde el principio de los tiempos.

TABLA DE

TACHES Y TACHONES

CONTENIDO

pg.	Una ventana al mundo (poesía y cuento)
01	<i>Αρχή</i> -Inicio / Gabriela Ardila
02	<i>Τέλος</i> -Final/ Gabriela Ardila
04	Mandamientos /Gildardo Montoya Castro
05	Cierro los ojos /Gildardo Montoya Castro
06	Receta para no olvidarte / Ari Guzmán
07	La oportunidad golpea una vez / Mónica Teresa Müller
11	Pisac / Eugenio Federico Gatti Traut
15	Tzantza / Eugenio Federico Gatti Traut
21	La espera / Silvana Chavez
22	Sisifo / Cesar Yair Sanchez Esquivel
27	Mis muertos (que son tus muertos) / Álvaro Sánchez Ortiz
31	En la línea de golpeo / Alejandro Ordóñez
33	Saudade por un amor que no llegó / Alejandro Ordóñez
	Hablemos de Libros (reseñas)
36	Cien cuyes / Marilu Ricalde
	El séptimo arte "Celuloide en llamas"
38	Reflejo invasivo / Italo Ruas
	El mundo y el arte
41	"La flor muerta" de Manuel Ocaranza / Ana Lourdes Ross Aguilar
	El mundo a través de la lente
44.	Destellos de luz / Italo Ruas

Αρχή. - INICIO

por Gabriela Ardila

¿Dónde está el silencio?

¿Dónde los oídos que lo producen?

No puedo escucharte aún, todo está oscuro.

La vida duerme en un óvulo blancuzco,
un huevo arrullado por la serpiente primigenia.

Geometría perfecta nacida desde el Caos.
Explota en una llama y se hace agua.

El mar no tiene orillas, vaivén abierto.
Racimo de espuma para crear al mundo.

Leche y sangre.

La vida permanece quieta hasta que el Rayo la vuelve semilla.
Atalante resiste y en la tierra brotan verdades como flores.

La voz es como el agua. El todo se viste de palabras.
Lo primero es un nombre, la boca que señala y dice mira.
Lo segundo es un sueño.

Radiante morada. Alas y escamas se entrelazan.
Las fauces aprenden la ternura, las garras acarician.
La Rueda cumple su primera vuelta.

La tierra borbotea.
La vida existe por sí misma.
No le importa que los vivos la vean.

Τέλος. - FINAL

por Gabriela Ardila

Ya no alcanza la tierra para teparle los ojos a los muertos.

Ya no hay hombres cabra, caballo, toro, pez, serpiente, pájaro.

Estamos hechos de fango, carencias putrefactas.
Hambrientos de piedras, espejos transparentes
que recuerden nuestra sombra.

El mar nos devorará enteros
en otro intento por escupirnos nuevos y brillantes.

La vida volverá a ser ella misma.

Nacerán seres de carne como vástagos
en el corazón de los muertos.

Seres sin palabras
que callen para siempre la vergüenza.

Gabriela Ardila (Ciudad de México, 1989). Es poeta. Tiene un máster en Creación Literaria en Español por parte de la Universidad de Salamanca y es Licenciada en Letras Modernas por parte de la UNAM. Escribió *La eternidad al fin* (Nocturlabio Ediciones, 2023) y sus textos forman parte de diversas antologías. Ha colaborado en *La Razón*, *la Revista de la Universidad*, *Periódico de Poesía*, *Cuadernos de Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia*, *Punto de partida* y *Punto en Línea*. Actualmente, es coordinadora académica de la Escuela de Escritura de la UNAM.

LA ETERNIDAD AL FIN

por Gabriela Ardila

En el vasto universo de la poesía, hay obras que trascienden el tiempo y el espacio, sumergiendo a los lectores en un viaje íntimo y reflexivo. "La Eternidad al Fin" crea una cosmogonía íntima en la que Gabriela Ardila erige su humilde parcela de la eternidad. Observa con esmero el costado ritual de la rutina y, en lugar de darle la espalda, encuentra en ella la materia prima de lo extraordinario.

Quizá todos necesitemos anclarnos en el peso de los símbolos para saber con certeza que existimos.

¿Te atreves a sumergirte en este viaje poético? "La Eternidad al Fin" está esperando ser descubierto por aquellos que buscan la belleza en cada palabra. Conviértete en el explorador de tu propio ser a través de la poesía inmortal de este cautivador libro. ¡No te pierdas la oportunidad de agregar esta obra maestra a tu colección literaria! La eternidad te espera al final de cada página.



MANDAMIENTOS

por Gildardo Montoya Castro

"Me urge un reloj", me dijo, ella,
morena la voz, aquel día.

Y yo lo busqué, como loco,
tantas puertas cerradas;

pero lo encontré, y se lo entregué,
redondo, el tiempo, mi tiempo
completo.

No le deseo la...



CIERRO LOS OJOS

por Gildardo Montoya Castro

Estoy cantando a mis huesos,
Desnuda sorpresa a mi espalda.
Punta o catadura celeste. Resuelta...
¿tu voz? ¿reirás enseguida, como
entonces? Ninguna resistencia.
Cierro los ojos. La veo,
la seguiré viendo, hasta el final.

Gildardo Montoya Castro. nació en Santa Rosa de Lima Cuamúchil, Sinaloa en 1959, pero considera como su verdadero solar de origen a Villa Juárez, Sonora. Ha publicado en periódicos y revistas del interior de la República, en el suplemento Sábado del periódico Unomásuno; en la sección cultural de El Financiero, así como en la revista Molino de Letras. Es autor de los libros El ladrón que sobornó a la luna (UACH, 1993), Armónica para desnudar el sueño (Ediciones Molino de Letras, 2004) y Ebria ilusión del aire (UACH, 2016).

RECETA PARA NO OLVIDARTE

por Ari Guzmán

Ingredientes:

- 1 kg de perdón, fresco.
- Media taza de lágrimas añejadas.
- 2 gotas de sangre.
- Un manojo de fotografías de instantes felices.
- Un manojo de fotografías de instantes tristes.
- Mezcal. El necesario.
- Un puñado de caricias.
- Abrazos en cubitos.
- Una cucharadita de besos.
- Una cucharadita de la primera mirada.

Modo de preparación:

Poner a marinar, durante toda la noche, el perdón con la sangre, las caricias y los abrazos en cubos.

Cortar finamente las fotografías y en un boud de vidrio mezclar perfectamente. Luego, agregar las lágrimas y verter un chorrito de mezcal (o el que sea necesario). Revolver y rociarlo sobre el perdón marinado. Condimentar con los besos y la primera mirada.

Calentar el horno del hipotálamo a 160°C, e ingresar el perdón. Por último, dejarlo cocinar durante 35 minutos.

¡Listo!

Acompañarlo con la música de preferencia.

Ari Guzmán

Escritor. Asesor literario. Doctor en Humanidades (teoría literaria). Docente en la UNAM y en la Universidad Anáhuac. Músico aficionado.



LA OPORTUNIDAD GOLPEA UNA VEZ

Por Mónica Teresa Müller

Cuando Marcos salió de su casa, para ir hasta la parada de colectivos, se dio cuenta que había oscurecido.

Los autos iban por la avenida en dos direcciones, y la cantidad de transeúntes le otorgaban al joven la seguridad que no estaba solo; se sintió reconfortado a pesar de la penumbra que a veces lo retrotraía a hechos del pasado. Tenía una expresión infantil, su mirada revelaba una mezcla de ternura y tristeza. Trató de distraerse con figuras que creaban las luces de los coches y con las estelas que dejaban a su paso; necesitaba recuperarse del brote de angustia que trataba de acoplarse y lo martirizaba con su presencia. Consideraba que la posibilidad de distraerse con el paisaje era una alternativa capaz de simplificar sus conflictos. “Las reflexiones para después”, se dijo.

Había recorrido el mismo camino hasta la parada de micros centenares de veces y a todas horas, pero jamás le había parecido tan largo, creyó que era una provocación a su pretensión de romper, por unos minutos, los lazos con la verdad. Los pensamientos se mezclaban. Quizá era un error desear ser feliz, quizá su destino estaba marcado por el abandono de su padre o la negrura de la infelicidad, a veces, hasta creía que había perdido el sentido del espacio y del tiempo. Sabía que todo se olvida, hasta los hechos más adversos se disipan, pero para que ello suceda debe prevalecer la calma en los pensamientos, el perdón en las actitudes y la paz interior; nada estaba logrado a pesar de sus deseos.

Se dio cuenta de que el intento de relajarse durante la caminata no se proyectaba con total eficiencia de acuerdo a su expectativa. Probó cambiar el ritmo del andar, pero tampoco bastó para tranquilizarlo. Era indudable que la noche no era la indicada para aquietar los sentimientos.

Llegó a la parada, los futuros pasajeros mostraban sus perfiles gracias a los conos de luz que emitían los faros de los vehículos y que iluminaban a la fila. Marcos reconoció que se sentía fastidioso, siempre le pasaba lo mismo cuando debía esperar el transporte más tiempo de lo razonable.

Necesitaba sentirse sereno y dejar limpio el vidrio a través del cual se ve pasar la vida, y ya que creía conocerla algo, no logró pensar con optimismo y presupuso que las respuestas que necesitaba iban a continuar entre interrogantes. Mientras cavilaba, sus ojos paseaban observando a las personas de la fila. La luz del Honda iluminó una silueta que estaba a tres personas antes que él. Abandonó el lugar y caminó unos pasos.

—¡Hola!; ¿Qué tal, Luis! —Marcos estaba eufórico, abrazó al hombre que respondió con entusiasmo y sorpresa.

—¡Hola, Marquitos!; ¿Qué bueno verte! —contestó.

—Creo que hace cerca de dos o tres años que no nos vemos —continuó el joven.

El asombro era mutuo.

—¿Vivís cerca? —preguntó Luis.

—A cuatro cuadras —contestó Marcos mientras clavaba su mirada en los ojos del hombre al que admiraba desde la época en la que cursaba estudios secundarios.

—Qué gusto encontrarte, me parece mentira —palmeaba la espalda del joven y sus ojos chispeaban de alegría. Luis lo miraba sin disimular el placer que sentía. Aparentaba mediana edad, se notaba pulcritud en la vestimenta, la figura delgada y de altura respetable le daba una presencia que no pasaba desapercibida.

Los resplandores de las luces de los autos deformaban los rostros, y la opacidad de la oscuridad los distanciaba por momentos, pero en Marcos y Luis ejerció el poder de la magia.

—¿Estás estudiando? —preguntó el hombre.

—Sí, en la UBA —Marcos sentía que le costaba hablar, necesitaba mirar al compañero de fila en silencio, y continuó —antes que me olvide —buscó en el bolsillo de su abrigo, escogió una tarjeta de la billetera y se la entregó —guardala, están mis teléfonos.

—Siempre tan previsor, Marcos, aquí tenés la mía.

Ambos ascendieron al colectivo y luego de pagar el pasaje se ubicaron en un asiento disponible para dos personas.

Parecía que lo casual se acercaba a lo causal. Les esperaba un recorrido de más de una hora. Los dos sentían que el tiempo no había pasado y que ellos eran los mismos de antes: el alumno y el Director. Fue en aquellos años en los que Marcos había querido hablar, sin poder hacerlo porque tenía miedo a la reacción de Luis.

La conversación tomó distintos giros, desde la carrera elegida por el joven hasta la soltería del hombre. Ambos se habían distendido y recuperado de la emoción que les había causado el encuentro.

—¿Todo bien, Luis?

—Sí, por suerte. Ahora voy a dictar un curso cerca de Plaza de Mayo ¿y vos, vas a la Facultad?

—Yo... —quedó mudo por unos instantes, el corazón le latía acelerado y una voz interior le indicaba que aprovechara el momento, pero atinó a decir: —no, voy a estudiar con unos amigos.

Marcos había girado la cabeza para observar a través de los vidrios de las ventanillas del colectivo. Otra vez no podía hablar, pero necesitaba hacerlo, temblaba y sentía que un ahogo le dificultaba la respiración. Debajo del

saco, la camisa estaba empapada por el sudor. De pronto pasó su brazo izquierdo por sobre los hombros de Luis y apoyándolo en el respaldo del asiento, en un arranque, habló sin parar.

—Mi mamá fue novia de uno de tus hermanos, tío —dijo, y respiró profundo.

Presentía que la sangre familiar había dibujado entre Marcos y él, una línea en la que podía confiar.

El comentario imprevisto resultó un latigazo para Luis. El silencio fue el interlocutor por unos instantes; ellos viajaban como si se hubieran puesto de acuerdo, y se hubiesen dado cuenta de la necesidad del encuentro.

La Avenida Caseros parecía vibrar y latir como si tuviera entrañas atiborradas de sensaciones que se encontraban ante las luces de los semáforos, las frenadas y los sonidos dispares de las bocinas. El colectivo no era el lugar indicado para aclarar nada, pero no siempre se pueden planificar situaciones. Luis miró a Marcos con asombro sin poder articular más palabras. El hombre quedó con la mirada perdida, sentía que algo se movía en su interior y golpeaba su memoria. Recordó a la joven que lloraba en su casa natal, sentada en la cocina junto a su madre, cosa que le había resultado extraña, pero luego todo quedó inmerso en un olvido sin que mediaran explicaciones. La orden era: “En esta casa no se habla de esa mujer”

Luis no podía retroceder ni arrepentirse. Había sido fácil para él quedarse a un lado de lo que sucedía; no se preocupó en conocer lo que pasaba, nada había preguntado y nada le habían dicho, entonces continuó con su vida apartado de las cuestiones familiares.

Reconocía que la contienda de sus acciones con la conciencia había llegado a truncar su voluntad y, en ese momento, se daba cuenta que el remordimiento, dolía. Mientras Marcos mantenía su brazo sobre los hombros de Luis, éste observaba los autos que como autómatas obedecían las manos de circulación de la Avenida sin transgredir los límites de velocidad. Los faros de los coches con sus luces, marcaban el espacio que les correspondía transitar sin derecho a pertenencia, todo era movimiento constante, los espacios y tiempos de

unos, pasaban a ser de otros, fue cuando Luis se preguntó si la vida era similar a eso.

Ellos estaban enmudecidos, pero ambos deseaban quitar la mordaza que los silenciaba, arrancarla significaría recuperar parte de la verdad.

Un día, cuando había comenzado a ejercer el cargo directivo en el colegio, Luis supo por boca de uno de sus compañeros quién era Marcos. Pasó noches pensando qué iba a hacer y no se dio cuenta que la cobardía había acaparado la respuesta. Decidió no involucrarse, y el egoísmo superó al deseo de cobijar al que aún era un niño. Suele pasar que en los momentos cruciales salen a relucir excusas, y aquella fue: "...qué puedo hacer si mi hermano no asume la responsabilidad"

El desorden del tránsito provocó por unos minutos el caos vehicular que adolecen las grandes ciudades, mientras los bocinazos producían ecos que superaban los volúmenes de las voces.

Luis se preguntaba qué podría responderle a ese joven que enfrentaba la realidad con el afecto dirigido hacia él.

El chirrido de la frenada de un auto a punto de chocar recuperó a los dos pasajeros de sus pensamientos.

—Marcos, no sabía que estabas enterado.

El joven lo miró de frente, la mirada adelantaba que iba a atreverse y hablar porque ya no tenía miedo a la reacción de Luis.

—Sí, lo supe desde pequeño, primero como cuento y luego porque había aprendido la historia de memoria. En la escuela, cada vez que ingresabas al aula, me mordía la lengua para no decir lo que pude hacer hoy. Siempre lo supe, pero mi madre no quería que lo dijera, era "el Secreto". El único deseo que me reconfortó siempre y el que más me atormentaba, era decirte a vos: tío; te respeto y admiro, y aunque mi padre no esté presente en mi vida, me basta saber quién es, deseaba que vos me escucharas, no me preguntes por qué.

—Marcos.... no surgen preguntas ni respuestas.

—Sabes, Luis, una sola cosa deseo: que seas mi tío.

No les importó que en el colectivo los pasajeros viajaran apretujados y casi sin respirar, se abrazaron tan fuerte como pudieron.

No se podían ver las lágrimas de ambos, pero sí, la palidez de los rostros y el temblor de sus manos.

En la Avenida, los autos iban en direcciones opuestas, pero a esa altura del recorrido, los carteles indicaban que las dos manos de circulación, pasaban a ser una.

Luis y Marcos permanecían en quietud, hasta los ruidos de la calle habían desaparecido. No se habían dicho muchas cosas, pero ambos reconocían que seguir hablando era inútil porque nada del pasado podría transformarse, sólo eran importantes los actos del presente y los de un futuro compartido.

A esa hora, las luces de los autos iluminaban todas hacia adelante para comunicar, con ellas, su presencia.

—Tío...llamame- balbuceó Marcos.

—Te llamo mañana para encontrarnos —dijo Luis

El joven le palmeó la espalda, se incorporó del asiento y descendió en la parada.

Mónica Teresa Müller

Nació en Adrogué, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Autora de cuentos, crónicas y relatos en las obras: "Palabras de Taller" (1999), "Los de Adentro" (2003), "Homenaje a Oliverio Gironde" (2003), "Torbellino de Palabras" (2010), "Sueños Dirigidos" (2014), "Polifonía" (2017), "El Lector y otros Emojis" (2018), Embajada de Emociones (2020) con GLA, Grupo Literario Ayacucho. Recibió menciones y primeros. Fue miembro fundador de la revista: "Visto desde aquí". Participó en Talleres Literarios del Programa Cultural en Barrios de la Ciudad de Buenos Aires.

Fue dicho

Predicaba el señor, llegó
un anciano
acompañado de bella
mujer.

¿Es su hija?, preguntó.
no, se oyó una voz, es su
esposa.

Al ver los devaneos de la
joven dijo con voz triste:
No metan vino nuevo en
odres viejos
porque los odres se
rompen
y el vino se derrama

Confuso.

(46-2x)



PISAC

por Eugenio Federico Gatti Traut

*Ama mancha. Noca Inca.
No temas, soy el Inca.*

Algunos sólo ven los bordados. Yo, la trama detrás de ellos. Usted podría pensar que soy un loco, pero no hay nada de eso.

El hombre que hace esta consulta es un turista que está recorriendo Sudamérica. Extiende la palma de la mano y me mira.

—Quiero encontrar un amor. ¿Qué ve?

No le digo que la línea de la vida se termina con el fuego. Considero que no vale la pena pasar la frontera, pero él insiste.

—Quiero saber.

Bien, siendo así, continuó. Más allá del fuego, la línea se ramifica y los lados de los polígonos podrían leerse hasta el infinito. ¿Por dónde comenzar?

Sí, ahí está, en la posada de su amigo. No hay otros huéspedes. El amigo se queda atónito cuando él le comenta que ha decidido escalar.

—Es tarde y no es el mejor día.

—¿Por qué?

—Bueno, supersticiones. Dicen que cuando las nubes cubren la cima, pasan cosas extrañas. Arriba verás huecos en una ladera: son tumbas profanadas. Aún quedan algunas momias, pero sin sus joyas. No vayas. Los antiguos habitan en las cumbres; los nuevos, en el valle.

—Una estupidez.

—Sí, es obvio que eso no va a detenerte, pero piensa que con las nubes es fácil perder el sendero y los precipicios son peligrosos.

Él va a la ventana, mira el cielo y los ojos se fijan en la montaña detrás del pueblo. Desde la penumbra, el amigo rompe el silencio.

—Del pueblo casi no se ven, pero ahí están. Créeme, esas ruinas están llenas de espíritus.

Él sonríe y contesta.

—Me pregunto por qué construyeron la ciudad en esas cumbres.

—Porque usaban las tierras del valle para sembrar.

El amigo intenta detenerlo una vez más, pero él sale a caminar y encuentra el sendero empinado, le quita la respiración, le arranca el sudor. Ascende y la luz del sol se interrumpe a intervalos con sombras lentas. Andan nubes altas. Se sienta en una piedra frente a la vista del pueblo colonial enclavado en el Valle Sagrado.

Continúa con el paso firme y cuando aparecen las primeras terrazas de cultivo, los antiguos jardines colgantes de los incas, se olvida de la incomodidad. Aún quedan las piedras encajadas en los muros en línea oblicua para pasar de uno a otro. Aún mantienen los acueductos, pero, desde la invasión, hace cinco siglos que el agua no corre más. Hoy los pastos cubren las terrazas.

Los pies bordean un precipicio frente a la vista panorámica del valle. El sendero vertiginoso lo deja ante una muralla. Traspasa una puerta trapezoidal cercenada. Del otro lado se proyectan sombras definidas y rápidas. Tres cóndores remontan vuelo en el espiral de aire ascendente.

Continúa. Abajo, un conjunto de viviendas en ruinas se aferra al borde de la montaña. De ahí, las terrazas de cultivo bajan como una cascada. Más allá, se escurre la vista del río Urubamba.

Baja la mirada y asciende hacia los templos. Los pies del viento aplastan los pastos, lo siguen, pero no se percata. Deja atrás una fuente para baños de purificación, camina junto a un canal y llega a una puerta sin dintel, sólo abierta para el Inca y el Willak Umu, el Sumo Sacerdote. Los pies ingresan en el suelo sagrado y crujen las partículas desprendidas de las ruinas. Avanza estupefacto y observa los muros tronchados, las piedras talladas con precisión, los encastrados perfectos. Las escaleras lo llevan de un nivel a otro y llega al Templo de Inti, donde sólo se habla la lengua secreta vedada a los mortales. Recorre con la vista el muro semicircular que rodea al altar esculpido en la roca viva, lugar de sacrificios de animales para las videncias y llama su atención el Intiwatana, una protuberancia para observar los movimientos del sol.

Alza la vista y del otro lado del valle, en la ladera de la montaña, ve los huecos de Tankanamarka, el cementerio inca del que le habló su amigo.

El hombre interrumpe las visiones.

—¿Está por llegar ella?

—Espere, no me interrumpa. Déjeme ver.

Ve el macizo de roca desde la distancia. Los templos coronan la cresta; las ruinas de la ciudad y los senderos se esparcen en las laderas, las terrazas de cultivo descienden hasta el borde de los precipicios.

Podría pensarse que el Valle Sagrado es una palma donde se escurre el río Urubamba como la línea de la vida, podría pensarse que ha estado caminando en un dedo índice que apunta al cielo, que las terrazas de cultivo son las huellas digitales del macizo. Pero no es así, el macizo es una mano con la palma hacia abajo y él ha estado caminando en el dorso.

—Quiero saber más.

Busca un mirador más alto y se aleja en el terreno áspero de la montaña. Se sienta a descansar un rato y luego reinicia la marcha. El viento se detiene y sigue un intervalo de silencio.

Al tiempo, el viento sopla en la otra mejilla, ha cambiado de rumbo. Lo cruza un fleco de nube y se asombra. Mira el sol y descubre que falta poco para que caiga más allá, en el Océano Pacífico. Gira el rostro para el lado de donde viene el viento y se da cuenta de que el entusiasmo ha hecho que pierda noción de lo que ha estado ocurriendo a sus espaldas. Queda atónito: una espesa nube se ha tragado el Valle Sagrado.

Corre con desesperación, no le responden los pulmones, se le taponan los oídos y brota el sudor frío. Agita los brazos y se detiene boquiabierto. Se queda observando los pasos. Flotan las imágenes en silencio. Son segundos interminables ante sus ojos desorbitados.

Abajo, en las laderas, los hilos de niebla rebotan confundidos y se acumulan. Las laderas se cubren de borrasca. En las cumbres, la niebla pasa de lado a lado, se filtra entre los muros, las sombras invaden los templos, el monstruo gris oculta las ruinas.

El viento se revuelve, expande la nube y se abre una garganta negra. Avanza sigilosa como una anaconda para realizar su constricción. Los velos de niebla le vedan el paso. La nube lo abraza y queda con la vista cercada.

Todo es extraño, diferente, la luz del sol se ha debilitado, los sonidos están ausentes. Siente los pies disueltos en el suelo frío. Da un paso y se detiene, no ve más allá de un metro en esa cápsula esférica de niebla impenetrable que se desplaza con él. Intuye que cuando llegue la noche, puede que muera adentro congelado.

Reinicia la marcha exhausto de desesperación, se mueve con cautela. Es cada vez más espesa la ceguera y llega a un terreno empinado que no reconoce. Es por ahí. No. Busca un nuevo paso.

Ve un resplandor, rompe un trueno el silencio y cae la llovizna. Lejano, avanza un ruido. Al rato, pasa al lado una avalancha de piedras junto con un cuerpo que se atasca en las rocas. Las piedras siguen su camino hasta que el sonido se interrumpe. Luego, oye un estruendo

sordo metros abajo y comprende que está al borde de un precipicio. Va hacia el cuerpo, tantea y descubre el cadáver de una mujer con el rostro desfigurado.

—¿Qué más ve?

—Espere. Ahí llega.

Una línea se cruza. Oye un grito que flota en el silencio y responde tan fuerte como puede. Se acerca una sombra desesperada, llorando, con la voz cada vez más audible. Es una turista que se ha perdido.

—¿Cómo es?

—No se ve bien. Pelo y ojos castaños.

Insólito lugar para encontrarse. Siguen juntos a ciegas, sin sentir los pies. Tienen la impresión de haberse desviado de la senda. Pero se animan y continúan. Las ruinas no deben de estar lejos.

Ven un muro y se reconfortan. Caminan entre paredes, suben y bajan escaleras, reconocen las siluetas trapezoidales de las puertas de los templos. Llegan al Intihuatana y de la niebla, aparece un hombre con cabello largo. Su torso irradia reflejos que la llovizna descompone en un entrecruce de espectros. Surge una voz profunda, habla una lengua extraña. Alza la mano y señala en una dirección. Luego, se desvanece, lo engulle la niebla.

Traspasan otra puerta sin dintel y después de unos pasos, se suceden nuevos seres borrosos. No entienden los susurros. En línea, marcan el borde de los precipicios, trazan el sendero hasta que, al fin, aparecen las luces del pueblo y aceleran el paso en camino seguro.

Se oscurecen las puertas de los templos, se desvanece la niebla entre los vellos del dorso de la mano y mis ojos vuelven a su foco. Da vuelta la mano y se redibujan las líneas en la palma.

—¿Tiene alguna pregunta más?

Hace una mueca, sonrío. Podría decirle que su línea de la vida es larga, pero termina en una tragedia, podría decirle la hora exacta de su muerte, pero es preferible que no lo sepa, que se escurra por las calles del Pelourinho en Bahía, disfrute del carnaval y después se vaya a ese viaje inevitable a Cusco. Aun así, para mí seguirían las visiones. No importa que él cierre los dedos y esconda las líneas del poder de las ciencias ocultas.

El hombre insiste:

—Quiero saber más.

—No veo nada más.

Miento. En el comedor de la posada están él, ella y el amigo. El amigo anuncia:

—Hoy a la mañana encontraron a una turista muerta al borde de un precipicio. Bueno, en realidad, las partes que despreciaron los cóndores.

—Tenías razón, es peligroso.

—Bueno, es tan peligroso como volar. ¿Acaso no estalló el avión cuando llegaste a Cusco?

No hay respuesta. Los tres se miran con ojos filosos.

Me mira incrédulo. Este hombre, al insistir tanto en cuándo encontraría el amor, me ha hecho abandonar la línea de la vida y cruzar el fuego entre el pulgar y el índice. Amor no escrito en la palma que se lleva en la piel del cuerpo. Qué terrible cuando se escapa de las manos.

Eugenio Federico Gatti Traut

Nació en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Estudió Abogacía en la Universidad de Buenos Aires y Carrera de Guión de Cine y Televisión en Guionarte. Desde temprana edad, se sintió atraído por la literatura y se ha dedicado a escribir.

REAL DE SAN MIGUELITO ARCÁNGEL

NOVELA ANTI HISTORICA

Escrita por Alejandro Ordóñez

Navegando siempre hacia Occidente, desafiando todos los peligros existentes, el valiente, el temerario, el heroico Cristóbal Colón llegó a las Indias. ¡Bendito Dios!

La novela nos retrata la vida en la Nueva España y las travesías del Nuevo Mejiico a España, una vez consumada la conquista, nos guía a través de los defectos y virtudes de lo que estamos hechos los seres humanos: la codicia, el odio, el engaño, el honor, la lealtad, el erotismo, el amor, la vida, la muerte, los héroes, los villanos, al final todos mortales; patrones que se repiten desde los tiempos más remotos hasta nuestro días, historias, leyendas, anécdotas, cuentos que se transmiten de generación en generación a través de los abuelos, de los tatas, de los patriarcas, de los jefes del pueblo, de padres a hijos, que dan origen a los pueblos, a las culturas.

“pueblo aguerrido acostumbrado a defender sus derechos con uñas y dientes, donde sin distinción de sexo se lucha a muerte antes que dejarse vencer”

Fue George Orwell el que alguna vez diría “la historia la escriben los vencedores”. De Real de San Miguelito Arcángel, novela antihistórica ¿Quiénes son los vencedores? ¿Quiénes son los vencidos? Los conquistadores, los conquistados, Malitzín, Malinche, El capitán Santiago de Benavente, la tribu perdida, los españoles, la nueva raza mestiza, Don João Costa, Cristóbal Colón, el Rey Carlos, Moctezuma, la Reina de Portugal, Doña Jimena, Don Jacob, los tatas, El Duque de Gandía, el Papa Clemente VII, la santa iglesia, la santa inquisición.... Personas reales, personas ficticias que viven la esencia humana, que crean la historia y la hacen nuestra.

Real de San Miguelito Arcángel nos envuelve con el aroma del chocolatl, el sonido alegre de panhuéhuets y chirimías, el horror del ruido generado por los cuerpos humanos rodando por las escalinatas después de los sacrificios humanos, la tensa calma chicha en medio del mar, los lujosos y ostentosos palacios, las selvas, los puertos, los navíos, las minas, el brillo del oro, al final siempre el oro.

“Entró a la catedral de San Miguel Arcángel, se estremeció al conocer la historia de la tribu perdida y ver de cerca las facciones de esos indígenas inmortalizados en el monumento a los fundadores, están ahí los niños, mujeres, ancianos y hombres jóvenes, cuyos rostros reflejan el miedo y la esperanza propia de los que ignoran si van en busca de la libertad o de la muerte”

Jose Luis Pérez León

EN VENTA POR AMAZON.COM

amazon.com





Bernardo Brasch llegó quince minutos antes. La plaza de San Francisco estaba repleta: bocinas, gente apurada, niños corriendo. Temió no poder reconocerla en la multitud.

Miró la fachada del monasterio, observó tres palomas que volaban alrededor de las torres y la ansiedad estiró los minutos. ¿Es posible enamorarse de alguien que uno no conoce?

Al fin, tocó la primera campanada. De acuerdo con su reloj, dos minutos antes, pero podía ser que estuviera atrasado. No, pronto se sumaron las otras iglesias de Quito. Las palomas se espantaron, el ruido del tráfico se escabulló y una voz murmuró a sus espaldas.

—¿Señor Brasch?

El corazón se aceleró en el pecho asfixiado. Se dio vuelta y encontró unos ojos castaños: era más hermosa de lo que había imaginado.

—Encantado de conocerla.

—¿Lo trajo?

—Sí, aquí está.

—Muchas gracias.

—De nada.

—Qué distraída. Salí apurada del hotel y me lo olvidé.

La miró fijo. Nada tenía demasiado sentido. Sin embargo, para ese entonces, ya había caído preso de la intriga. No dejaba de preguntarse cómo había sido que el destino quisiera que se encontrara con esa mujer.

Bernardo Brasch había sido contratado como fotógrafo en Buenos Aires para la edición de un libro de arquitectura barroca sudamericana.

El avión dejó atrás las pampas, sobrevoló los Andes e hizo escala en Santiago. Después, despegó rumbo al norte, siguió la costa del Océano Pacífico y pasó por encima del Desierto de Atacama. A las pocas horas, Bernardo apoyó la frente en el vidrio de la ventanilla y comenzó a divisar la Avenida de los Volcanes, el valle que separa los Andes en dos cordilleras paralelas. Pasaban las vistas de los pueblos y no perdía la esperanza de ver el cráter nevado del Cotopaxi asomado entre las nubes. Cuando creyó distinguir un retazo de la selva del Amazonas, los oídos le indicaron que el avión había comenzado el descenso.

Un taxi lo dejó en la plaza de Santo Domingo, donde se encontraba el hotel. En la habitación, comenzó a ubicar las ropas en el placard y encontró un libro en uno de los estantes. ¿Quién lo habría olvidado? Lo dejó sobre la mesa de luz y fue a la ventana. Observó a un cura gordo que traspasaba apurado las puertas de la iglesia y se sentó a planificar la tarea.

Salió del hotel para cenar y cuando volvió se acostó. Sin quererlo, fue con la mirada al libro. Lo tomó y abrió la tapa. Para su sorpresa, en la primera hoja, decía “Diario de viaje”. Dudó por un momento, no por una cuestión de discreción, sino de cansancio, pero la intriga pudo más. Lo hojeó y no encontró datos que pudieran identificar a quien lo había escrito. Era la letra dibujada de una mujer, no cabía duda, que no había especificado ni el mes ni el año.

Lunes

El avión salió de Caracas con una hora de retraso, pero el viaje fue tranquilo, salvo por algunas turbulencias al dejar de sobrevolar la selva del Amazonas y entrar en la zona de los volcanes.

El hotel está en la avenida Amazonas, en el norte de la ciudad, el sector más moderno. Es de noche y no he desempacado las maletas aún. Me han dicho que, como Quito es una de las ciudades más elevadas del mundo, el primer día es aconsejable descansar.

Quisiera conocer tanto. Por lo pronto, he decidido rentar un carro para conocer Muisne, recorrer el Camino del Sol de Manabí, zambullirme en el mar esmeralda de Cojimíes, Caráquez, Manta y bucear entre los corales de Machalilla. Si por mí fuera, hasta visitaría las Islas Galápagos, pero no sé si me dará el tiempo.

Martes

A la mañana, me quedé en el hotel, pero, la verdad, me siento chévere. Hasta ahora no estoy mareada como me habían dicho.

A la tarde, estuve paseando por La Ronda de Quito y caminé hasta que un negocio muy chévere me llamó la atención. Miré hacia arriba y vi un cartel pintado a mano que decía “Antigüedades”.

Entré con cuidado de no rozar nada y descubrí que, en realidad, era un negocio que amontonaba curiosidades. Entre los cuadros que imitaban las obras de la Escuela de Quito, clavé los ojos y luego las manos, en una repulsiva obra de arte.

En la penumbra del fondo, un hombre se puso de pie detrás de un escritorio y vino hacia mí. Sin que yo le preguntara, dijo que era una tzantza, una cabeza reducida de los shuar. Le pregunté si se refería a los jíbaros y me advirtió que no los llamara así porque lo consideran un término ofensivo impuesto por los españoles. Me aclaró que la tzantza que tenía en las manos no era auténtica, que era de las baratas que se hacen para los turistas con piel de cabra y explicó que es muy fácil distinguirlas porque la oreja humana es muy difícil de reproducir.

Miércoles

Hoy no hice demasiado. Sólo renté un carro y he estado leyendo algo sobre la historia de la ciudad. Parece que los orígenes son legendarios y no se ajustan a la realidad, pero, bueno, según la leyenda, hace mucho, desde las costas del Pacífico, los caras siguieron el curso de un río e invadieron el valle de los quitus. Desde ese entonces, Quito fue regida por unos diez scyrs. Con el paso de las generaciones, se arregló el casamiento de la hija del scyr, con un hijo de los enemigos puruhás. Los descendientes, la dinastía Duchicela, lograron ampliarse y gobernaron en relativa paz, todo chévere, hasta que la paz se acabó.

Sin embargo, aparentemente, la verdadera historia de Quito comenzó cuando el Inca Tupac Yupanqui llegó al valle e invitó al scyr a unirse al imperio. Como la propuesta fue rechazada, los incas comenzaron la lenta anexión.

Tupac Yupanqui murió y lo sucedió Huayna Cápac, se enamoró de este valle porque, pese a estar a unos pocos kilómetros por debajo del Ecuador, por la altitud, acá siempre es primavera. El Inca mandó a construir templos, palacios y el camino que unió Cuzco con Quito y parece que la transformó en la segunda capital del imperio. También se enamoró de una de sus concubinas, que le dio un hijo al que llamaron Atahualpa.

Huayna Cápac pasó los últimos días en Quito hasta que murió de una peste nueva que trajeron los españoles. Después, se desató la guerra civil entre los sucesores: Huáscar, el hijo legítimo de Cuzco, y Atahualpa, el hijo de Quito. Parece que la guerra terminó con un baño de sangre que Atahualpa mandó a hacer en Cuzco mientras esperaba tranquilo en Cajamarca para ser proclamado como el nuevo Inca.

Pero justo en ese momento, llegó Francisco Pizarro y los Trece Caballeros de la Isla de Gallo. Lo bautizaron, lo ejecutaron, y Pizarro entró triunfal en Cuzco. Imagino a la gente corriendo desesperada, suplicando piedad y los españoles, con la espada en una mano, la cruz en la otra y el fanatismo ciego en el alma, exigiendo más oro. “No os preocupéis, pues de los pobres es el Reino de los

Cielos". También imagino la desilusión de los españoles cuando ingresaron en Quito, porque el general Rumiñahui había escondido los tesoros y ordenado incendiar la ciudad. Cuando lo capturaron, pese a las torturas, no lograron sacarle una sola palabra

Bernardo leyó algo más y pronto, se quedó dormido con la luz encendida y el diario sobre el pecho.

Al día siguiente, se despertó al mediodía, salió con las cámaras, el trípode y el permiso para fotografiar obras de arte en mano. Pese al tráfico, las calles de piedra de La Ronda parecían encantadas, un desborde arquitectónico: paredes blancas, ventanas con rejas, puertas con tallas incaicas y españolas, aire de historia, nobleza y misterio. Mientras caminaba, las imágenes de lo que había leído en el diario se comprimían en el cerebro. Mientras Bernardo retrataba las fachadas, las cúpulas y las torres, imaginó los palacios y los templos de los incas desplomándose y las iglesias del imperio español erigiéndose de entre las ruinas.

A la tarde, como le quedaba poco tiempo de luz, tomó un taxi que lo dejó en la cima del cerro Yavirac. La vista de la ciudad enclavada en el valle era deslumbrante. A los pies, los tejados y las cúpulas de La Ronda de Quito y más allá, los edificios modernos desparramados en las laderas de las montañas.

Encendió un cigarrillo, calibró el zoom y se preguntó cómo sería Quito en la época de los Incas. Una ráfaga de viento lo devolvió al presente, el cigarrillo se había consumido entre los dedos. Las montañas aceleraban la tarde y resplandecía una luz especial. Sacó las últimas fotos, regresó al hotel y volvió a las páginas del diario.

Jueves

Hoy fui a la iglesia de la Compañía de Jesús. La fachada barroca es espectacular y el interior me dejó atónita, bien podría desplomarse de tantos kilos de oro. En realidad, es una gran escultura de piedra, madera y metales preciosos, una de las joyas más impresionantes de América del Sur.

También visité el Monasterio de San Agustín, donde en 1809 se intentó la declaración de la independencia de España y observé las tumbas de los revolucionarios ejecutados.

A la tarde, aparqué el carro frente a una casa en un barrio del sur de Quito. Por un momento, temí por mi vida. Recorrí la fachada, pero, como no encontré un timbre, golpeé a la puerta.

Al poco tiempo, el brillo de un ojo apareció por la mirilla. El hombre de la tienda abrió sigilosamente y entré en un cuarto con poca luz. Después, sostuvo una cortina, caminamos por un pasillo y llegamos a una puerta.

Del otro lado, las paredes cubiertas de estantes me dejaron atónita. Tomé una y observé que las orejas eran perfectamente humanas y que tenía pelos en la nariz. Sin embargo, el hombre aclaró que tampoco eran reales, que las hacía un amigo con técnicas de los shuar. Le pregunté cómo conseguía las cabezas y respondió que suponía que tenía contactos en alguna morgue o en algún hospital.

Después fue a un rincón, tomó una tzantza, la sostuvo delante de mis ojos y me dijo que esa era auténtica, una mujer. Observé la piel oscura, arrugada y acaricié los pelos desproporcionados con el tamaño de la cabeza de la pobre infeliz que la había perdido. Después volvió a los estantes y tomó otra: la tzantza de una niña rubia. La apoyó sobre un escritorio y me prohibió que la toque.

Le dije que le pusiera un precio a la mujer, pero me dijo que jamás la vendería. Entonces, insistí en que me vendiera la chiquitica. Me dijo que menos, que ni loco, que sólo podía venderme las tzantzazas que hacía el amigo.

Qué caleta, pensé. El hombre no parecía disgustado por la pérdida de la oportunidad de realizar una venta. Pero yo no pensaba rendirme, le pregunté si era posible conseguir una tzantza verdadera y respondió que era un poco ilegal. Puse cara de desilusionada y le pregunté si no había posibilidades. Respondió que era bastante difícil, que sólo se conseguían en la selva y que la única forma segura de internarse era ir con un guía. Entonces,

le pregunté si conocía a alguno. Se acarició la barbilla, esbozó una sonrisa y dijo que sí. Le pregunté cómo contactarlo y me dijo que ese era un problema porque vivía en Macas, un pueblo en la selva. Insistí en que me dijera cómo contactarlo.

El hombre sacó un papel ajado de uno de los cajones del escritorio y copió los datos en otro con bastante dificultad. Cuando me dio el papel, me dijo que ese guía conocía la selva como nadie, que podría llegar a parecerme caro, pero que no se me ocurriera ir sola.

Regresamos por el pasillo y por un momento, temí que me hubieran robado el carro, pero fue un alivio ver que estaba intacto.

En el viaje de regreso al hotel, no pude dejar de pensar en las caras de las tzantzazas. Miré el papel con los datos del guía y me di cuenta de que ya estaba decidida a conseguir una tzantza, ya era una obsesión en mi cabeza.

Viernes

Hoy anduve caminando por los parques La Alameda y El Ejido y visité museos. Me deslumbraron las salas de oro de los incas y las pinturas de la Escuela de Quito, pero las tzantzazas me encantaron mucho más.

A la tarde, me decidí a llamar al guía. Según él, internarse en la selva es un gran riesgo porque los ríos en las laderas de los Andes no son navegables, los botes pueden atascarse en las raíces de los árboles. Me dijo que no es para bajarse a empujar porque el río está infectado de pirañas y yacarés. También dijo que hay bichos que ponen los huevos en la piel y luego los gusanos se comen la carne y agregó que, si no me moría con eso, había anacondas y jaguares. Cuando el hombre pareció calmar su lista de espantos, me recomendó que llevara litros de repelente para mosquitos y que me cuidara, que no se me ocurriera perturbar a los shuar porque pueden llegar a ser más crueles que la naturaleza, usan plantas alucinógenas, son diestros con el arco, la lanza y la cerbatana y untan las flechas y los dardos con curare, un veneno letal. Cónchale vale, pensé. Sonaba peligroso, por eso me interesaba.

Me advirtió que conseguir una tzantza auténtica podría llegar a costar bastante y que como el trabajo se hace por encargo, podría llegar a tardar un tiempo y que tampoco había garantías de que se consiguieran. Pero, bueno, al final, arreglé con él.

Bernardo abrió un ojo y miró el reloj: eran las doce. El diario se encontraba abierto sobre las sábanas y de lo último que había leído, recordaba algunas consideraciones más sobre los shuar.

Fue a la ventana y observó el mediodía de sol radiante en la plaza. Tres niños jugaban alrededor del monumento a Sucre que señalaba las laderas del volcán Pichincha, donde había ganado la batalla a los españoles. Observó a los niños por un rato, pero no logró descifrar en qué consistía el juego. Volvió a leer nuevamente el diario.

Martes

Averigüé más sobre los shuar e indagué por qué hacían las tzantzazas. Para los Shuar, la muerte se debía a la brujería de las tribus vecinas y si no se vengaban, el muerto se vengaría de ellos. Determinaban quién había sido el culpable y los guerreros salían a buscarlo. El que le cortaba la cabeza, se iba a la selva para preparar la tzantza. Cosía los párpados y la boca con fibras para atrapar el espíritu del culpable y que no se vengara ni del guerrero ni de sus muertos. Con la tzantza, el guerrero adquiría la fuerza de su víctima, la protección del muerto que le quedaba agradecido y todos continuaban viviendo en paz, hasta la próxima muerte en la tribu.

Los shuar en la historia de Sudamérica, fueron el único pueblo que impidió que invadieran su territorio. Los Incas no se atrevieron y los españoles, como es una zona rica en oro, intentaron engañarlos. En Logroño, los shuar mataron a los hombres y a los niños y raptaron a las mujeres. Los españoles comprendieron rápido cuando a uno de ellos lo obligaron a tragar oro derretido hasta que le reventó el estómago.

Así, los shuar vivieron aislados durante mucho tiempo, hasta que a fines del siglo diecinueve, muchos exploradores llegaron a Sudamérica, las tzantzas salieron de la selva y comenzaron a coleccionarse. Los europeos cambiaban armas por tzantzas y de esa forma los shuar entraron en un círculo vicioso de exterminio hasta que el gobierno lo prohibió.

Sin embargo, muchos comenzaron a copiar las técnicas de los shuar y a hacer un negocio horrible. No me voy de Quito sin una tzantza. Chévere. Mañana me voy a Riobamba, luego, a Macas y, de ahí, a la selva.

El diario estaba inconcluso y era evidente que la dueña se lo había olvidado en el hotel antes de partir.

Ya era demasiado, quería conocer a esa mujer intrépida. Bajó a la recepción, dobló un billete y preguntó quién había ocupado la habitación antes que él. El conserje sólo le pidió tiempo para averiguar.

Ese día, Bernardo fue a la Plaza Mayor, fotografió los balcones del Palacio Carondelet con el volcán Pichincha de fondo, que se alzaba como una amenaza sobre la ciudad y perspectivas de la Catedral.

Cuando regresó, el conserje le dio un papel con un nombre: Mariana Ibáñez Bonart. Seguía el número de teléfono de un hotel en Guapondéleg, la antigua ciudad de los cañaris al sur de Quito.

Lo atendió una voz sensual, explicó que se había olvidado el diario y que regresaría a Quito en dos días. Concertaron la cita en la plaza de San Francisco y colgó satisfecho.

Así fue como se encontró caminando con esa mujer por esas calles históricas, y después de unas cuadas, en un callejón, entraron en un restaurante.

Lo consumía la ansiedad, se preguntó cómo haría para callar que conocía todo sobre su viaje. Advirtió una esmeralda que colgaba entre los senos, una buena excusa para fijar la vista sin delatarse.

—La compré en Cartagena de Indias.

—La ciudad de los fuertes. Me gustaría conocerla.

El comentario le hizo darse cuenta de que ella se había percatado de su curiosidad; también, le hizo suponer que le había otorgado permiso para que continuara mirando.

—¿Hace mucho que llegó a Quito?

—No, unos días. ¿Y usted?

—Hace tiempo que estoy aquí. También estuve en Guayaquil y en las ruinas de Ingapirca. Había pensado seguir hacia el sur, pero, bueno, aquí estoy.

Un mozo los interrumpió, sirvió vino y se retiró. Los ojos de Bernardo no resistieron más la excusa de la esmeralda y se fijaron en las lágrimas que el vino dejaba en el cristal de la copa.

—¿A qué se dedica?

—Soy restauradora de cuadros. Viajo de Bogotá a Ouro Preto, Caracas, Cuzco. La Escuela de Quito fue uno de los motivos que me trajeron.

Comprendió por qué el diario detallaba la arquitectura de la ciudad. Era evidente que estaba escrito por una entendida en arte.

Volvió a la esmeralda; volvió a preguntarse si habría conseguido la tzantza; volvió a pensar en cómo preguntar sin que descubriera que había leído el diario. Quizás lo mejor fuera una pregunta repentina en tono de broma. Levantó la mirada a los ojos fijos en él.

—¿Y qué otros motivos la trajeron? ¿Comprar una tzantza?

—¿Eh? Ah, sí, compré una.

Lo había logrado. Al fin pudo darle un final a la historia. Pero ya no resistía más el relato de la experiencia que faltaba en las páginas del diario.

—¿Y qué le pareció la selva?

—No, con tantas recomendaciones me atemorice. ¿Y usted, leyó el diario?

Ante la abrupta pregunta, se esforzó por no saltar de la silla.

—Por supuesto que no. No suelo leer cosas privadas.

Ella bajó la mirada al plato y siguió un lapso de silencio.

—Yo tampoco.

—¿Y para qué lo escribió?

—No, no lo escribí yo. Lo dejé en el hotel porque no me interesaba. Pero cuando usted llamó, dije, bueno, hay algo que me dice que lo lleve.

—¿Y de quién es el diario?

—No sé. Venía en la caja de la tzantza que compré. Me dijeron que es auténtica, la pagué más cara que la esmeralda.

Deberían haber hecho la denuncia de la desaparición de la mujer. Como prueba, contaban con el diario y parte del cuerpo del delito, pero habría implicado demoras tediosas y quedarse sin la tzantza.

Así, Bernardo se fue de Quito sin su amor, la verdadera dueña del diario. La mujer que había comprado la tzantza aún la conserva en una pared en Bogotá y como nunca supo su nombre, la denomina “tzantza”.





La brisa levanta las hojas marrones y las deposita con suavidad sobre mi cuerpo. Estoy bajo el último árbol del camino hacia el viejo cementerio. Ya nadie anda por estos lados. El tiempo pasa y no han venido a buscarme.

Aquella madrugada de finales de febrero volvía a casa luego del trabajo. La luminaria de la esquina parpadeaba y se apagó. No me importó, pues tantas veces había hecho el mismo recorrido que conocía todo de memoria. Pero un sonido no habitual a esas horas rebotó contra el portón de la fábrica de hielo. Apuré la marcha. No soy de asustarme, sin embargo algo me daba mala espina. A medida que me apresuraba el sonido lo hacía también. No quise mirar. Comencé a correr. Un hombre me interceptó, y enseguida el ruido de los pasos que venían detrás de mí se hizo más nítido. La primera bofetada fue en la cara, el sabor entre salado y metálico de la sangre que escupí me revolvió el estómago. Traté de defenderme pero no tuve chances, tantos golpes hicieron que perdiera el conocimiento.

Luego de unos minutos, volvió la quietud intrínseca del pueblo que dormía impotente ante la injusticia, la oscuridad lo ennegreció y el silencio le impuso un secreto más.

Ahora el otoño me cubre y la niebla me esconde. La tierra húmeda toca mi piel y los yuyos que avanzan desde el campo pronto me alcanzarán. Una flor silvestre, pequeña y muy blanca, se inclina hasta rozarme la cara. Supongo que debería hacerme cosquillas. ¡Cómo quisiera poder sentir las...! Entre mis dedos crece la hierba que me salpica con espigas cuando el viento la sacude. Mis cabellos, entreverados con la maleza incipiente, tejen un tapiz de macramé en varios tonos de verde y castaño.

Espero que alguien venga pronto o será imposible que me encuentren, la naturaleza no detiene su labor y de a poco me hace parte de ella.

El canto de algunas aves, avisa al mundo que amanece. Una hormiga anuncia mi presencia a sus compañeras, las que enseguida me rodean y exploran.

Un carancho, atraído por el aroma a putrefacción, se posa sobre un poste a medio caer. Me observa, tal vez no decide si le puedo servir de alimento. Se va y vuelve, como los días y las noches desde que estoy aquí.

Silvana Chavez, oriunda del sur de la provincia de Santa Fe, Argentina. Desde niña soy adepta a las artes creativas y a la lectura. A los 12 años sentí la necesidad de escribir y comencé a hacerlo. En mi adolescencia estudié artes en la Escuela Provincial de Artes Visuales de Rosario. Algunos de mis poemas han obtenido premios y menciones. También he publicado un poemario con el apoyo de la secretaría de cultura de mi pueblo, he participado en revistas locales y en publicaciones con otros autores.



Suena la alarma, son las cinco de la mañana y una fuerza mayor te obliga a separarte de los dulces brazos de aquel reino del egreso, dónde todo es sencillo, no hay vacíos, no hay sombras, nadie duda y no existen falsedades, dónde eres tú.

El cuerpo pesa, la vista traiciona y un rugiente dolor te invade desde lo más profundo de tus entrañas; te recuerda que estás vivo, tristemente vivo.

No lo soportas, es horrible y cada parte de tu ser te súplica no hacerlo, pero de alguna manera te extirpas del único puente entre tus sueños y la realidad, aunque bueno, pocos tienen la suficiente cordura como para separarse de sus propios sueños, sólo tú eres lo suficientemente demente en este mundo demente.

La luz se enciende y frente a ti se iluminan varios años de tu vida, tantos años de arduo esfuerzo, amistades rotas, abstinencias corpóreas y anímicas. Pero no importa, nada de eso importa ya, porque al final lo conseguiste, graduado con honores de aquella prestigiosa universidad, el alumno modelo y condecorado que hoy vive en este pequeño cuarto de quinta, adornado de aquellos cuadros honoríficos y trofeos que algunas vez parecían gigantescos, ahora no son más que una reliquia de un ayer increíble, un recordatorio del joven que solías ser. Ese pasado ahora parece más un sueño que una vivencia, que recuerdas sin ánimo, con sosa actitud y con el rostro de un ser derrotado y resignado, mientras comes por acción mecánica.

Son las siete de la mañana y comienzas tu martirico viaje al trabajo, abandonas el hogar, el viento matutino sopla con débil fuerza, los perros ladran advirtiéndote tu salida, los pájaros huyen de ti y como todas las mañanas a la misma hora en la misma calle de los Laureles, Don Francisco te saluda con su habitual gesto amable, típico de los ancianos, que respondes más por costumbre que por amabilidad, con la misma falsa sonrisa alzando la mano como siempre has hecho desde que tienes recuerdo de ello.

Son las nueve de la mañana, finalmente en la ciudad, rodeado de cientos y cientos de personas que no paran de hablar, de gritar, de insultarse, de vender; el ruido de la urbanidad, los autos, las máquinas, esas fastidiosas risas, las burlas a tu persona, tu forma vestir, de caminar, de tu rostro, de tu vida, de tu ser, de todo, de ti. Quieres que se callen, quieres callarlos, no puedes evitar amargar más tu semblante, no puedes controlar esa negrura que te envuelve, no puedes evitar odiar, odiarlos a todos, odiarlo todo, odiarte a ti.

Pero en fin, eso no es relevante, esos pensamientos no importan, ¿Crees que eres único por sentir tanta negatividad?, mira enfrente de ti, hay otros como tú, sintiendo irá por nada, por culpa de un pequeño efecto dominó en un mal despertar. Amigo, no eres el trágico de esta historia, no eres el presidiario que lucha por criar a su pequeña alondra, no eres un romántico de siglos pasados, no hay un viaje heroico para ti, no vives por tus sueños anhelados, sueñas por tu vida anhelada, atrapado en este amor platónico con lo que pudo ser, con lo que pudiste ser.

Respira hondo, ahoga tus emociones y adentrarte en ese lugar que tanto detestas, nunca jamás imaginaste terminar aquí, pero qué más queda cuando la cima que creíste alcanzar no es más que la cordillera más baja de esta gran montaña de tu vida, tanto esfuerzo dedicado para darte cuenta que llegar al final resulta imposible para ti alcanzar tus metas, esas que creíste forjar en el ardor de tu esplendor de inocente e ingenua juventud, resígnate y sopórtalo, quizás sea sólo temporal, quizás te espera algo mejor. Aunque es gracioso, llevas media década creyendo está mentira, y quizás así siga un tiempo más.

Cierras los ojos, levantas la cabeza y rindes tu cuerpo cansado que ya no puede más. Tu sentido del tiempo se disocia cada vez que llegas al límite de tu fuerza mental, los minutos parecen horas y las horas se sienten como días interminables, y la gente que te rodea es el silencioso cómplice de tu desgaste y deseos de acabar con todo.

El ruido exterior siempre será irritante y asfixiante, pero no puede compararse con el agobiante silencio que sólo se logra con una masa derrotada y desesperanzada; todos son iguales a una brumosa noche, sin luna, sin luciérnagas, sin el canto de los grillos, completamente solo y envuelto en la espesura de agonizantes corazones, que no te dejan respirar, te hunden en aguas oscuras y roban de ti tu vida, tu energía, la esencia de tu alma y el sentido de tu existencia, pero no puedes hacer nada, no puedes salvarte, nadie puede ayudarte, nadie lo quiere hacer, es más, si pudieran pasarían sobre ti, te mandarían a lo más profundo del abismo si así quisieran, pero no, aún no pueden, aún no es tiempo, aún no es tu tiempo.

Son las doce de la noche, y algo en ti se despierta, tu mente y cuerpo se reajustan a la realidad mientras entras en conciencia con tu entorno, el día finalmente ha acabado.

Mirando al rededor, notas la imponente presencia de la nada que te acompaña, seguramente habrá alguien por ahí que no ves, pero no te importa saberlo en lo más mínimo, lo que importa ahora es el frío camino a través

de la imperante noche, siempre cuidándote de los errantes que abundan en las tinieblas, siempre alerta de las ratas hambrientas de centavos, al menos lo que te permite tu derrotado cuerpo, porque si hay algo que sabes muy bien, es que si llegaras a ser acechado, no tendrías la fuerza ni el espíritu necesario para salvarte, pues ya hace mucho que la gallardía que había en ti, te ha abandonado, tal como el fuego que aviva tu alma, sin aviso ni presagio, simplemente se fueron, como la marcha de las nubes, con tanta naturalidad que jamás lo notaste, porque así tenía que ser y nadie nunca lo cuestionaría.

Una vez en casa, sientes caer sobre ti el peso de todo el día; te oprime, te derrumba y aplasta con la fuerza de una furiosa cascada incesante.

Te arrastras como puedes, con un paso tambaleante y fatigado, mientras respiras con gran y profunda lentitud, hasta dejarte caer con una fuerte suavidad en tu pequeño sillón.

Hundes tu rostro en la oscuridad del blando mueble. Sientes un frío abrazo, no es auténtico ni mucho menos confortante, pero absorbe el peso que llevas cargando desde que saliste de los brazos de Morfeo; se siente como el fluir de un río estancado, tu cuerpo obstruye ese río y la presión te duele, te está matando lentamente al punto de la locura, hasta que finalmente se deja ir lejos de ti; se vacía, te suelta, y se siente bien, muy, muy, bien.

¡¡EL SUEÑO TERMINÓ!!

De pronto sientes una fuerza extraña que azota todo tu cuerpo, algo que te hace saltar lejos del sillón, un miedo irracional abunda en todo tu ser, la piel se estremece por completo, la sangre fluye con suma rapidez; hormiguea y te deja un enorme escalofrío espectral que no te abandona a pesar de las ropas que te abrigan. Respiras rápido, casi a horcajadas, colocas tu mano en el pecho para sentir tu corazón latir, no duele, pero late con tanta fuerza que estás seguro de poder arrancarlo sin problemas, si es que así lo quisieras, pero en fin, sólo fue una broma divina, sólo una mala costumbre del cuerpo, como una travesura de algún duendecillo.

Una vez de pie, caminas hacia el cuarto continuo en busca de algo de comida, con la mirada decaída, ojos vacíos que miran hacia nada en especial, mientras escuchas el ladrar callejero de los perros.

No es mucho, pero este plato sencillo te basta para saciar el hambre un poco, pero algo en la comida no está bien, no sabe nada bien, y no es la podredumbre o un error de cocina, es sólo que sabe igual que todo el día, muy horrible.

Un bocado, tus llaves siguen perdidas y sabes que alguna rata te visitará cuando no estés; otro bocado, esa ventana no estaba rota al salir; otro más, esas cuentas siguen sin pagarse, ¿Que se irá primero, la luz o el agua?; uno más, algo dice esa nota ahí tirada, sabrá Dios que sea, pero esa cifra en rojo es muy sugerente, ¡Otra vez ese maldito arrendador de mierd...; ¡uno más!, ¡Esa estruendosa música otra vez, ¡¡te saca de quicio!!; ¡¡OTRO MÁS!!; ¡¡YA EMPEZARON A PELEAR OTRA VEZ ESOS ESTÚPIDOS VECINOS!!; ¡¡SUS GRITOS SON INSOPORTABLES!!; ¡NO TE INTERESAN SUS DISCUSIONES DE PAREJA!; ¡¡SÓLO CÁLLENSE!!; ¡¡¡CÁLLENSEEEE!!!

Algo se rompe.

La irá disminuye, respiras más relajadamente y miras el vaso destrozado en el piso.

Ve tu rostro en mil pedazos de cristal; te traen de vuelta, respiras hondo, cierras los ojos, y exhalas toda la áspera bruma que aún quedaba en ti. Barres el desastre, y reflexionando los sucesos de hoy sabes que debes acabar ahora sí con este día por completo, debes ir a dormir.

En el corto camino hacia tu dormitorio, pasan ante ti los recuerdos del día, como un rollo de película muy antiguo, y aunque eres tú el protagonista de todo lo que ves; se siente muy alejado de ti, no te sientes parte de la cinta, es como ser ajeno al recuerdo, como un espectador, pero no hay emoción, sólo un tajante escepticismo.

Una vez dentro, te despojas de tus ropas, abres un poco la ventana para ventilar el cuarto, y finalmente te entregas al anhelado sueño, y así como de repente los gritos vecinales se silenciaron sin aviso, caes profundamente dormido.

El misterio que envuelve a los sueños siempre será algo que no se terminará de entender, interpretar o siquiera significar. Algunos dicen que son presagios, augurios, recuerdos o el ID manifestado en su forma más abstracta, pero siendo sinceros, ¿a quién le importa qué rayos sean? Porque a ti no, ya no.

Si hubiera palabras para describir el tipo de sueño que ahora experimentas, sería increíble conocerlas, pero por ahora, esta sensación no es algo que pueda encerrarse y enmarcarse con palabras.

Se siente increíble, es como no tener cuerpo, no estar encadenado a los problemas terrenales y mundanos, ser parte de un todo absoluto, ser parte del fin y del comienzo universal, estar completo.

Finalmente lo lograste, pudiste alcanzar la felicidad, ya no tienes que preocuparte de nada en absoluto, basta de servir a alguien, de complacer, de ser amable sólo por la educación, y obedecer por doblegación, ¡Basta! Se acabó, ya no más, ahora puedes ser tú, finalmente tú, sin más máscaras, fingiendo cumplir siempre un papel que todos saben sin nunca haber tenido anunció de ello, como un cruel teatro, dónde eres el bufón, la burla, el humillado.

¡Basta! Aquí no importa, esa negatividad no tiene lugar, son sólo vestigios de alguien que dice ser tú, que trata de imponer sobre ti, de hacerte creer que eres alguien más.

A lo lejos ves a alguien que se arrastra hacia ti, no habla, sólo gimotea, se ve lamentable, está envuelto en espesura, no está sucio, pero es desagradable a la vista. Cada vez más cerca, esta cosa puede no hablar, pero aun así algo en ti decide esperarlo, como si lo conocieras muy bien.

Sientes su alma, su esencia, y es horrenda, aterradora, irradiante de amargura y negatividad. Ya ante ti, sus blancos ojos no te dejan de mirar, no hace más que sólo observar; de momentos parece un inquisidor, de ratos, un desamparado vagabundo, pero todo el tiempo su forma está en constante cambio, un instante es un niño, después un anciano, luego un hombre, una mujer, a veces un animal o un insecto amorfo. Al cabo de unos minutos, una forma es constante e inestable, y la

conoces, no lo quieres ver, pero lo reconoces, sabes lo que quiere y por un instante escuchas con claridad sus mudos deseos. Te quiere a ti, te quiere de regreso, te quiere arrancar de aquí.

Sólo ignora, son sólo mentiras engañosas, pues sólo quiere verte ahogado, sufriendo y derrotado. pero eres más que este que te mira desde abajo. Podrá parecerse a ti en muchos aspectos, tener las mismas facciones, misma ropa, misma voz, misma figura, pero la negrura que envuelve su rostro, esos ojos vacíos y penetrantes que no te dejan de observar y los gimoteos que salen de eso una y otra vez, no son algo propio de ti, tú no eres así, tú eres alegre, alguien realizado, no careces de nada ¿Qué clase de eventos te llevarían a eso? ¡Nada!, no existe nada que te lleve a ese destino, porque no hay nada que esté fuera de tu control, nada que no puedas hacer.

¿Será acaso que esta es tu realidad, mientras que toda la pesadilla de allá afuera sea en verdad el sueño?

¿Toda tu existencia has vivido en medio de un engaño?

Si, debe ser eso, porque, bueno, ¿cómo alguien soportaría estar un minuto viviendo en esa horrible realidad? ¿Entre todas esas cosas como el ente que yace frente a ti? Aquí estás bien, aquí no hay sueños destrozados, un amo dueño de ti y tu vida. En este lugar puedes ser cualquier cosa que se te ocurra, eres rey, señor, amante, un conquistador, quizás la amada en una dulce historia heroica, otras veces eres un héroe increíble, pero ¿allá qué eres? Allá no eres nadie, allá tienes límites impuestos por la injusticia, eres siempre aplastado por alguien que es más que tú, no eres feliz, no perteneces ahí, nunca debiste estar ahí. Sí, tu lugar no es ahí, aquí estás bien, quieres estar siempre aquí, siempre aquí, siempre.

Suena la alarma, son las cinco de la mañana y una fuerza mayor te obliga a despertar, una vez más.



Cesar Yair Sanchez Esquivel estudiante de Lengua y Literatura, mexicano. Un hombre sereno, tranquilo y en extremo soñador. Paradójicamente siempre en gran conflicto con una mortal dualidad entre sus inseguridades, ansiedad y complejo de inferioridad que normalmente se ahogan entre amistades, y el fluir de las situaciones como un río que no se puede controlar, más sólo afrontar con estoicismo. Hay cosas que amo y otras que odio, pero no puedo desear una y deshacerme de la otra, pues de una nace la otra, y si del baile de ambos se formó mi ser, pues los abrazaré por igual.

Fue dicho

Las amantes suelen ser
simples peones
que a escondidas
intrigan
contra su señora,
con la esperanza
recóndita
de ser algún día
coronadas.

Confuso.

(46-2x)

MIS MUERTOS (QUE SON TUS MUERTOS)

por **Álvaro Sánchez Ortiz**

¿Quiénes son mis muertos?

“Mis” muertos no son “los” muertos. A diario, mucha gente emprende la jornada de la incógnita. La Hermana Ciencia, esa que es tan orgullosa como miope, nos da una cifra: 150 mil personas alrededor del mundo; algo así como dos llenos del Estadio Azteca.

Pero mis muertos son los que siento yo sin compartirlos; los nombres que siguen emergiendo a mis pensamientos, pero que no pronuncio porque son sólo míos; los que nadie entiende por qué todavía los recuerdo; los que asoman desde mi memoria en las tardes grises.

La primera que se te muere es como la primera que te besa (1997)

A los veinte años uno piensa que todavía es muy joven para tener sus muertos. Pero la vida no es una producción de Disney a la que se le quita todo lo perturbador. Así, un día hacía jueguitos de manos con Fabiola en el salón de clases y, al otro, me dijeron que había muerto.

Su novio era custodio en un reclusorio. Los mataron a ambos en un hotel. La autoridad nunca supo –o no quiso saber– si había sido homicidio-suicidio o sólo homicidio. Tal vez, así dijeron, Fabiola había sido una “víctima casual”. En realidad, eso no hace ninguna diferencia. Estaba igual de muerta que la víctima formal.

Ese fue el primer nombre que le pedí a mi madre que anotara en la lista de oraciones parroquiales para el 2 de noviembre.



Los muertos nos dejan un hueco en el pecho y un costalito en el corazón (2007)

No me pretendo perfecto. A Montserrat la saqué del taller de teatro por egoísta, por imbécil, por esa savia negra que siempre acecha en nuestra sangre y saca lo peor de nosotros. No tengo empacho en decir: “Yo pecador”. Porque me conozco y te conozco es que no creo en la bondad natural y no participo en el comercio de adulaciones, tan falso como lucrativo.

Me arrepentí y la llamé. Dijeron que no estaba, pero yo sé que no quiso contestarme. Oré y le pedí perdón desde la distancia (creo en las lágrimas cuánticas que superan el tiempo y el espacio). Luego me enteré: había muerto en Año Nuevo. Se golpeó la cabeza con una mesa y no sobrevivió.

Si no me hubiera arrepentido y no la hubiera buscado antes de que muriera, me habría vuelto loco de culpa y de rabia hacia mí mismo.

En cambio, ahora, hay ocasiones en que hasta siento que me quiere.

Paren el mundo; no me gusta el libreto (2015)

Said tenía 30 años, era guapo, trabajador; estaba casado y adoraba a su esposa; no tenía un millón de amigos, pero casi. Yo estaba desempleado; peor aún, me sentía lleno de rencor y odiaba a todos por haberme fallado y lastimado. Él murió y yo no. Tal vez alguien se ría por la ironía. Yo no. Me eché a llorar cuando vi los mensajes de despedida en su perfil de Facebook (FB es la peor página de obituarios del mundo). Las circunstancias eran lo de menos: un accidente de motocicleta en uno de los pésimos caminos chiapanecos.

Nuestros muertos nos plantean la doble pregunta: ¿por qué sigo vivo?, ¿por qué ellos han muerto? El soberbio, por supuesto, considera que todos sobran en el mundo, menos él; el mundo está sobrepoblado, menos desde el espejo. La respuesta es más compleja. Yo soy de los que piensan que seguimos vivos porque nos quieren vivos.

De todos modos, no hay manera de presentar una queja. Y si bien ya se reconsideran los pánaltis en el fútbol, la Muerte es un árbitro que jamás ha revocado una decisión.

El vértigo del desarraigo (2011)

Mi tío Antonio iba a ser mi padrino de bodas, pero le detectaron una cosa en el intestino que lo mató ese mismo año. Algunos le llaman “tumor”, yo le llamo “hijo de perra”. El caso es que en la boda nos pasaron un video con unas palabras que nos grabó desde el hospital y, cuando volvimos de la luna de miel, todavía lo alcanzamos para despedirnos. Tenía la piel de ese color blanco pergamino que ya anuncia el sepulcro.

Todos vamos perdiendo a nuestros viejos, es parte de la ley de las generaciones. Solamente los más estultos de los ocupantes actuales del mundo creen que el transhumanismo llegará a tiempo y llegará a todos para hacerlos eternos. Y, sin embargo, cuando se nos mueren nuestros viejos, nos damos cuenta de lo solos que estamos frente al mundo, de cuánto seguimos apoyándonos en ellos, aunque nos llenáramos la boca proclamándonos independientes. Si asumiéramos esa vulnerabilidad y ese miedo puro y llano, seríamos más compasivos unos con otros.

De muertos y normalizaciones (2020)

Como todos, perdí a alguien en la pandemia. Mi tío Beto falleció en octubre de 2020, cuando unos y otros nos guardábamos con miedo en nuestras casas y nos cuestionábamos si tenía sentido seguir trabajando y viviendo, siendo que la humanidad podía extinguirse al día siguiente. Claro que ahora los valentones dicen que nunca tuvieron miedo. Pero yo vi sus ojos.

Ese año escribí una calaverita para mi tío y gané el concurso de la UNAM. Mi prima me agradeció el homenaje. Ojalá todos los muertos se llevaran un homenaje, incluso los que no fueron notables, incluso los que fracasaron; hay una grandeza inextinguible en cada ser humano, que va mucho más allá de dicotomías pendejas como perdedor-ganador.

Yo creí que después de la pandemia nos hermanaría el dolor, que es el más potente común denominador entre los seres humanos. En lugar de eso, seguido me topo con algún imbécil que propone “normalizar el distanciamiento social”.



Entre la repentinitis y el rebelde doméstico (2021)

Hice varias obras de teatro con mi amigo Lupe Durón. Como era feo, era buen actor. (La gente bonita que actúa, hace telenovelas; la gente fea, hace teatro. Me lo dijeron los teatreros). Murió de un derrame cerebral cuando aparecían en cascada las teorías conspirativas sobre las vacunas. Se ha convertido en un meme echarle la culpa a las vacunas cuando alguien se muere (vid: repentinitis). Y, sin embargo, yo no arriesgaría media quincena por los “héroes” del Great Reset, aplaudidos por los rebeldes más mainstream de la historia.

Todavía me pasa que pienso en un papel para mi amigo. Es inevitable decirse: “esto le hubiera gustado a fulano”, pero resulta que fulano ya se murió. Junto a la historia, se escribe la historia de lo que nunca fue.

Mis muertos son tus muertos. Yo puedo pensar que mis muertos son extraordinarios, pero seguramente la historia de los tuyos es igual de fascinante. Y hoy te he querido contar de mis muertos para que leyeras sobre los tuyos. Apuesto a que, en este momento, danzan en tu mente los rostros de los tuyos, porque te platicué de los míos.

Tus muertos y mis muertos nos miran juntos desde allá, donde “de algún modo se vive”, según sabían nuestros antepasados. Y nos miran juntos porque los míos son los tuyos. Tu dolor es el mío. Y tu esperanza, la nuestra. Como dijo alguien que oraba por la calle: no se puede cruzar el camino de la vida en taxi, sólo en metro.

Al menos, creo que es eso lo que me han querido decir mis muertos.

Álvaro Sánchez Ortiz (Ciudad de México, 1977) es licenciado en Letras hispánicas y en Filosofía, egresado de la UNAM, con mención honorífica, en ambos casos. Asimismo, realizó el diplomado en creación literaria de la SOGEM. Es autor de *Telúrico* (UNAM, 2018), obra ganadora del concurso de Ediciones Digitales Punto de Partida, en la categoría de cuento. Se ha desempeñado como profesor de literatura y de teatro.

Fue dicho

Salieron del Edén
tomados de la mano,
Ellas a sufrir abusos,
violencia y crímenes.
Hoy queremos que eso
termine
para que sin odios ni
rencores,
tomados de la mano,
volvamos al paraíso.

Confuso.
(46-2x)

EN LA LÍNEA DE GOLPEO

por Alejandro Ordóñez.

Para mi hijo Rodolfo.
A la memoria del inolvidable
Jonás Rivera

Será la última vez, piensas, mientras preguntas por las fundas y el jersey recién lavados. Estás harto de tantos sacrificios, de las levantadas en la madrugada para llegar al campo de entrenamiento o de las desveladas hasta la media noche cuando las actividades de los coaches sólo les permiten reunirse en ese horario. Limpias con cuidado el casco, retiras algunos pedazos de hierba seca atorados en la barra, lo que te lleva a recordar el cariño con el que limpiaba tu padre el equipo cuando apenas eras un niño. En realidad llegaste al fútbol americano por él, no quisieras decir que por su culpa, pero fue tu padre quien un buen día te llevó a los campos de entrenamiento. Siempre fuiste un niño pacífico y el fútbol exigía agresividad, lo que no terminaba por convencerte. Esto es un juego de contacto, dijeron los coaches, no es un deporte de niñas, si no te gusta, dedícate a otra cosa.

Será la última vez. Estás harto de ser un joven modelo, ¿modelo de qué?, no sabes lo que es ir a tomarte unas cervezas o a bailar a un antro, y ni que decir de fumar un cigarrillo. Quieres conocer otro tipo de vida, ser como esos que parecen divertirse tanto. Además, qué mejor que despedirte con un campeonato. Desde aquel lejano primer entrenamiento de tu niñez comprendiste que no había nada como ello. Durante años tú y tus compañeros de equipo persiguieron con afán ese sueño, pero cuando no se interpuso un club más fuerte, la mala suerte impidió que lo logaran. Ahora sería distinto, lo sabías,

algo en tu interior te lo decía

Será la última vez, pensabas, mientras conducías tu auto hacia el estadio; la última vez, mientras calentabas y escuchabas a tu coach tratando de animarlos y de convencerlos que el triunfo era suyo. La última vez, en cada una de las jugadas, o al escuchar las porras y a la tribuna enardecida, mientras golpeabas con inusitada fiereza al tackle contrario y abrías un enorme hueco por donde pasaría el corredor para anotar el único touchdown de tu equipo. Con los brazos morados, los codos y las rodillas raspadas, agotado, perdido el resuello, te negaste a abandonar el campo para que te pararan la hemorragia que brotaba de tu nariz, producto de un fuerte golpe. Será la última vez, por eso rogaste al coach que te metiera también a la defensiva, pues el otro equipo empezaba a arrastrarlos por todo el campo y la ilusión de un campeonato se diluía. El tiempo se agotaba, se iba como agua entre las palmas de las manos. Última jugada, dijo el head coach, no tienen tiempos fuera, quedan escasos diez segundos, aguanten, tenemos que pararlos, no hay de otra. Rompe el equipo hacia la formación, te colocas en la línea de golpeo, arranca la jugada del campeonato, observas al corredor contrario dar vuelta a la esquina, tus compañeros caen o se van quedando atrás y tú -esquivando rivales-, corres en diagonal, como un poseso. Cruzan la yarda treinta, la

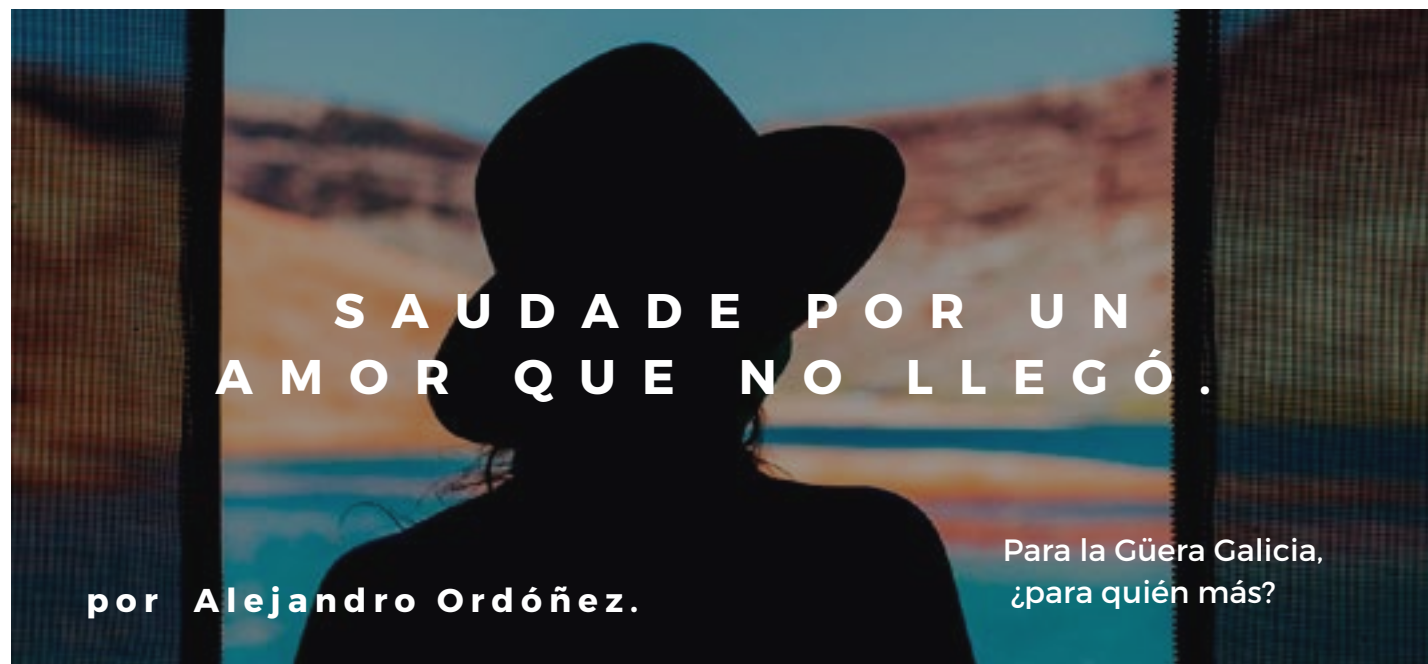
veinte, la diez y tú, con la boca seca y los ojos llorosos por el coraje lo persigues obstinadamente, mientras escuchas en tu tribuna -perdida la fe- un grito de desencanto y en la porra contraria un alarido de felicidad; yarda cinco, ya llegas, lo alcanzas, tienes que alcanzarlo, no puedes fallar, te dejas ir con la fuerza de tu impulso, truenan los cascos, crujen las hombreras, los doloridos músculos protestan, caen, ruedan abrazados, fuera del campo. El reloj marca ceros. Percibes la celebración de un campeonato, te cargan en hombros, los jugadores de las categorías infantiles se pelean por tocarte y estar cerca de ti. Los padres te felicitan, las madres te bendicen.

Fue la última vez, te dices, al abandonar el vestidor y dirigirte a tu auto. La última vez al conducir por las largas avenidas mientras te preguntas cuándo volverán a abrir el campo de entrenamiento, porque sabes, porque lo sabes bien, que el año próximo habrás de volver, tendrás que hacerlo...

Alejandro Ordóñez

Autor de nueve novelas, tres de ellas históricas; la primera, llamada "Cábulas", fue editada por la editorial Plaza y Valdés y la más reciente, "Real de San Miguelito Arcángel", disponible en Amazon.com. Ha obtenido diversos premios de cuento y novela; escribió guiones para el programa televisivo "La hora marcada". Titular de una columna periodística en la que ha publicado cuentos, crónicas, artículos de opinión, análisis político y cultural, misma que se ha difundido por periódicos y revistas impresas, así como digitales; y editorialista en programas de radio. Actualmente colabora con la revista "Molino de Letras".





Despiertas sobresaltada, te sientas de un brinco sobre la cama, escurre de tu rostro una mezcla de sudor y lágrimas, la camiseta de algodón que usas para dormir se pega a tus pechos, tu espalda, tus caderas; ¡ah! el verano de Shanghái, con su insoportable calor y humedad, pero no es eso lo que te ha despertado abruptamente. Has visto otra vez la imagen que emerge recurrente en tus sueños, desde hace años; esa niña desnuda que corre desesperada por una carretera, la piel quemada por el napalm, la boca abierta soltando ese grito de dolor y espanto; esa queja que nadie quiere escuchar, porque ni siquiera tú logras oírlo por más que dentro de la propia pesadilla te esmeres en hacerlo. Después de todo quién podría estar interesado en una niña indefensa que corre pidiendo ayuda. Eres capaz de recordar sus pies desnudos; has visto, como si fuera una película en cámara lenta, el polvoso camino, sus piernas delgadas, su vientre ligeramente abultado, pero cuando intentas contemplar su rostro la imagen es absorbida por esa nube de fuego de un rojo intenso que ilumina de pronto tu mente y te hace gritar como si fueras tú esa niña.

Bebes un sorbo de agua. Tendrás que volver donde el doctor Singermann, después de todo es la única persona que sabe más de ti que tú misma. Y no es que seas adicta al psicoanálisis, pero sólo él es capaz de devolverte la paz que extravías a menudo. Además,

como dijera aquella colega de Reuters, con la que compartiste departamento y... algo más, en Camboya: son los únicos hombres que te advierten de antemano cuánto te van a costar. No es que sus honorarios sean minúsculos, pero al menos no te engañan ni defraudan con falsas promesas o al momento del rompimiento te dejan con el corazón roto y los bolsillos vacíos, como ocurrió con otros tipos que se cruzaron en tu camino y te dejaron la sensación de haber sido utilizada.

Aparecen en un bar, un museo, la sala de espera de un aeropuerto o un hospital, a veces hasta en las propias oficinas de redacción de los diarios o la estación de televisión para los que trabajas. Llegan con una sonrisa, un detalle, una atención, un gesto de amistad y de cariño, pero cuando volteas a ver se han metido en tu vida, en tu cama y en ocasiones hasta en tu departamento. Con lisonjas y cariños se apropian de tu voluntad y te convencen que eres la mujer de sus sueños; hacen lo inimaginable para que comprendas lo afortunada que eres porque otro caballero encantador como él jamás tocará a tu puerta y debes agradecer que haya puesto sus ojos en ti, mísera criatura, porque ese cínico garañón con sólo tocarte es capaz de derretir el hielo que has acumulado en años de inhibiciones, prejuicios y frustraciones. Algunos se sienten el rey de la selva,

el león dominante de la manada, no cazan, no laboran; ah, pero cómo tragan los infelices, aunque hay que reconocerlo, suelen llenar tus noches de placer y son los únicos que verdaderamente se esmeran por satisfacerte a veces con caricias que por atrevidas e íntimas jamás habrías imaginado. Contigo a cuestas son capaces de escalar el Everest, poner el mundo a tus pies y de pronto arrojarte desde la cumbre por profundas gargantas y cañadas; y en esa vertiginosa caída te vacías entera y llenas de suspiros, de gemidos, cuando no de gritos tu cuarto y a menudo hacen que humedezcas, sin recato, tus sábanas, aunque siempre termines con la humedad que deja la soledad, en tus ojos.

Aunque también han llegado otra clase de personas a tu vida, profesionistas deseosos de formar una familia; y ya te ves a ti, -que necesitas la adrenalina del peligro- como una diligente ama de casa amamantando críos. Amorosos te convencen en la pertinencia de formar una pareja estable, pronto el proyecto de una casa propia crece en la mente de ambos y una cuenta de inversión se vuelve el instrumento para alcanzar el sueño. Por supuesto el dinero ahorrado será de los dos porque ambos harán aportaciones iguales. Con entusiasmo ahorran durante varios meses, hasta que un día se presenta un imprevisto y él se disculpa; más tarde descubres con sorpresa que lleva tiempo sin ahorrar. Sonríe apenado cuando preguntas y esa noche, para resarcir la humillación que le inferiste te empeñas en hacerle el amor y en tu afán por borrar su gesto de vergüenza y dignidad ofendida le prodigas caricias que por atrevidas e íntimas no te atreves a mencionar... ¡ni a repetir!

Malas noticias: su madre, que vive en la Conchinchina, se enferma a saber de qué. Urge una operación. No tiene dinero ni a quién recurrir. Observas en silencio cómo lo sorprende el amanecer sentado en la cama. Es la viva imagen de la desesperación. ¡Su madre sufre y él...! Te condues, le propones y ruegas porque es un caballero incapaz de aprovecharse de una dama, menos de ti a quien ama inclusive más que a su ilustre progenitora, no puede aceptar. Por fin, con las primeras luces de la mañana cede siempre que se trate de un préstamo y sólo cuando ve tu enfado reconoce que no necesita firmar una letra de cambio. El ahorro común merma, pero tú persistes y asumes como una carga personal reunir los fondos para la casa anhelada y sientes que tus pechos se inflaman cuando imaginas a una criatura pegada a tus pezones.

¿Pero qué crees? De pronto las cosas cambian, ya no es el amante arrebatado, responde fríamente a tus caricias con un: estoy cansado y cuando por fin accede el sexo es un rápido intercambio de fluidos que se repite cada vez de manera más esporádica y mecánica, hasta que un día descubres un aroma de perfume de mujer en su camisa y en su ropa interior. Preocupada decides darle una tregua. Una noche, cansada de esa mascarada en que se ha convertido el amor lo encaras. Claro, no eres tú, es él. Propone una pausa, unas vacaciones y hasta filósofo se convierte cuando con voz grave te advierte en lo bueno que es dejar volar al ser amado porque si éste en verdad te quiere regresará a tu lado; y él volverá, por supuesto que lo hará, sólo falta que te lo jure por la virgen o por su santa madre. Por fin una noche lo ves partir como llegó, aunque eso es inexacto porque al otro día vas al banco sólo para enterarte que antes de marcharse retiró todos los ahorros, tus ahorros, los de la casa donde crecerían los hijos de ambos.

Sí querida, no es que seas fanática del psicoanálisis pero tendrás que regresar con el doctor Singermann, porque después de todo es el único hombre capaz de llevar un poco de paz a tu alma atormentada -uy que melodramática- y de ver en ti a un ser asexuado, un ángel pues. Qué diferencia del joven doctor Jacob quien atisbaba por la comisura de tus senos y hundía su mirada en la profundidad de tu escote; que enronquecía a medida que tu diminuta falda amenazaba con llegar a la cintura y se insinuaba o aparecía fugaz tu blanca ropa íntima que contrastaba con la falda oscura que malévolamente escogiste. El doctor Jacob a quien terminaste psicoanalizando, eso sí, -sin cobrarle honorarios- y que una noche, más por traviesa que por capricho terminaste llevando, no al diván, sino a tu cama.

Las luces del amanecer se cuelan por tu ventana, el sol naciente incendia el cielo y el cuarto se tiñe de un rojo fuego intenso. Piensas en la niña vietnamita que corre desnuda pidiendo auxilio sin que a nadie parezca importarle y te preguntas si no serás tú esa niña abandonada que va corriendo por la vida pidiendo inútilmente ayuda y por eso te niegas a ver su rostro.

TACHES Y TACHONES

Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

HABLEMOS DE LIBROS

“Cien cuyes”

Gustavo Rodríguez

Por Marilú Ricalde

El título me dejó sin pistas. Hubo que leer casi setenta páginas para saber el porqué del nombre. Un consejo muy bien intencionado que el tío de nuestra protagonista ofrece con picardía.

Eufrasia es sencilla. Sencillez que se traduce en una mujer cálida y empática. A ella le gusta ayudar a pesar de no saber a ciencia cierta cómo lograrlo. Sin embargo, su gran habilidad y sentido común la lleva a descubrir que es el amor su herramienta para lograr aquello tan complicado que las circunstancias le apremian.

El trabajo de Eufrasia es singular. Rodeada de gente mayor se enfrenta al mundo de la tercera edad. La vida del anciano. La vejez como carga. La vejez que deteriora. La vejez como último peldaño de la vida. La vejez acompañada de soledad. El amor que exigen como una súplica. La visita que esperan. El abrazo que añoran. Las risas olvidadas. Eufrasia está ahí, para dar aquello que los mayores anhelan. Eufrasia acompaña y divierte. Eufrasia escucha y entiende. Eufrasia quiere y se entrega. Eufrasia aprende y regala su tiempo. Eufrasia se atreve y se arriesga.

Con una narrativa simple y simpática, el autor nos hace recorrer esos espacios escondidos de la tercera edad. Los anhelos y los sueños cumplidos. Las historias recordadas y los secretos guardados. Sus añoranzas, triunfos y fracasos.

El libro ya de por sí galardonado con el Premio Alfaguara 2023, es un acompañamiento conmovedor para el lector que hace que se devore con gusto cada una de las páginas y se reflexione sobre temas que conocemos pero que no nos atrevemos a abordar. En un sentido moralista, también nos abre una ventana a ese periodo de la vida para asomarnos a las carencias de los adultos mayores y reflejar aquello que nos gustaría hacer, lo que no hemos cumplido y la oportunidad para hacerlo. Y en caso de que a nuestro alrededor sigamos teniendo la presencia de esos viejitos que nos han acompañado por mucho tiempo, darnos la oportunidad de disfrutarlos y acogerlo dentro de la familia como esas raíces que han construido lo que somos.

El marco en el que se desenvuelve la historia no es ajeno a lo agradable de la lectura. Perú como territorio. Lima como ciudad. Trujillo como escape. Ese acercamiento al país provoca ese enamoramiento que disfrutas cuando llegas por primera vez. Si el lector no ha tenido la oportunidad de visitarlo, quizás se sienta tentado ante la belleza del lugar, que el autor describe con pericia y conocimiento de todos los lugares donde se desarrolla la historia, para planear en cualquier momento una escapada a este extraordinario país, Perú.

Gustavo Rodríguez nació en Lima, en el distrito de Miraflores y a los cuatro años se mudó con su familia a la norteña ciudad de Trujillo, donde residió hasta los dieciséis.

Durante la primera etapa de su vida, se dedicó a la publicidad, lo que le facilitó adquirir la habilidad narrativa que posee, no sin recordar que la escritura le es natural desde su niñez.

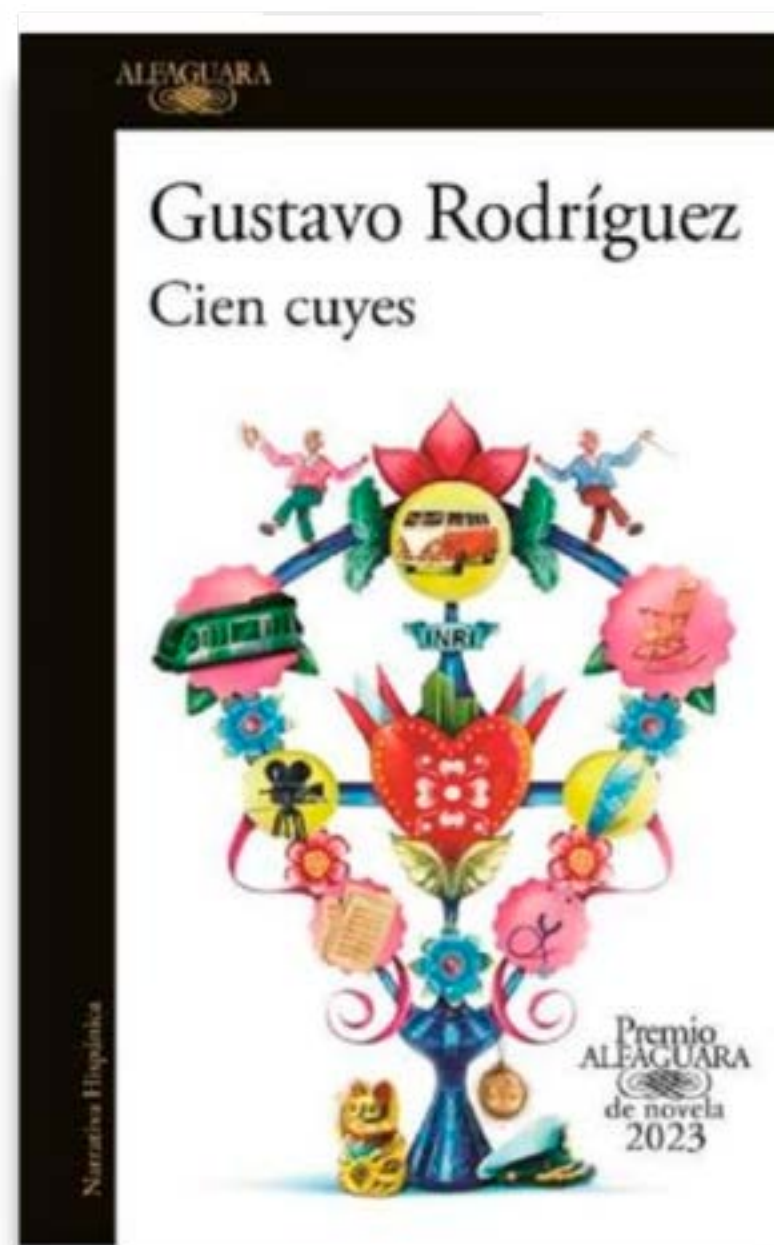
Rodríguez se ubica en la vertiente realista urbana peruana. Ha abarcado el cuento, el ensayo periodístico, el ensayo social y la novela.

Sus primeros libros abarcan recuerdos de su propia infancia y juventud, para después sumergirse en fenómenos sociales peruanos o latinoamericanos.

Es cofundador del Proyecto Recreo, una organización con la misión de llevar la lectura a las escuelas del Perú.

Ha publicado las novelas "La furia de Aquiles", "La risa de tu madre", "La semana tiene siete mujeres", "Cocinero en su tinta", "República de La Papaya", "Te escribí mañana", "Madrugada" y "Treinta kilómetros a la medianoche".

En enero de 2023, Rodríguez ganó el Premio Alfaguara de novela con el libro "Cien cuyes". Además, ha sido galardonado con el Premio al Periodismo (2006), finalista del Premio Herralde (2002), Premio al mejor comunicador en Responsabilidad social (2014), y Medalla de la ciudad de Trujillo (2015), entre otros premios.



Marilú Ricalde Es una amante de las letras. Nacida en CDMX cursó la licenciatura en Contaduría Pública para darse cuenta más tarde que su verdadera profesión son las letras. Estudió en Casa Lamn y hoy sigue estudiando el oficio de escribir en varios talleres.

CELULOIDE EN LLAMAS

Reflejo invasivo

por Italo Ruas

La ninfa Liriope fue a buscar al ciego de Tebas, Tiresias, a quien le preguntó si su hijo tendría una larga vida, y éste contestó de forma críptica "Tendrá un vida plena y larga siempre y cuando no se conozca a sí mismo." Este mensaje es una advertencia sobre el peligro que existe de valorarnos sólo por la imagen que proyectamos al exterior e ignoramos las riquezas que aguardan en nuestros interior.

Los homínidos del siglo XXI se esfuerzan por llamar la atención de sus congéneres y olvidan la prioridad de su propia existencia, conocerse a sí mismos. En una competencia voraz por construir la máscara más llamativa con la promesa de alcanzar la fama y el éxito, son capaces de destruir su integridad y la de sus semejantes. La ausencia de autoestima en el antropoide construye una necesidad de ser valorados por el exterior, y en ese reflejo se reconoce Narciso, quien jamás podrá soltar la mirada del retrato que proyecta.

"Enferma de mí" (2022) es la obra del autor Kristoffer Borgli, un director noruego que nos introduce un relato cómico acerca de una epidemia silenciosa que consume poco a poco a nuestra humanidad, el egocentrismo. En la primera escena, un mesero lleva un vino, un Richebourg Grand Cru del 2006, el encuadre le quita personalidad a las personas e incrementa el interés en el objeto de alto valor económico. Nos presentan a Signe, protagonizada Kristine Kujath Thorp, quien humedece sus labios, los colores y estilo de su saco son llamativos, sin embargo a su alrededor ningún otro comensal se percata de su existencia. Los



emplazamientos brotan para mostrarnos la intención de Thomas y ella de cometer la fechoría de llevarse la botella sin pagar; al mismo tiempo exhibe como el entorno es indiferente al mostrarnos varios encuadres de la gente que los rodea, quienes solo se encuentran absortos en sus conversaciones personales.

Es el centelleo del cine una forma de mostrar nuestras virtudes y falencias como seres sociales; figuras femeninas se presentan con rostros oscurecidos para mostrar el lado oculto de Signe y al mostrar la toma de ella, vemos su mirada repleta de envidia y coraje, estos contrapuntos nos recuerdan construcciones visuales de la película "El Padrino" (1972) de Francis Ford Coppola, dónde el fotógrafo

Gordon Willis construye la lucha de la luz y la sombra durante cada puesta en escena. En el caso de esta obra, el fotógrafo Benjamin Loeb utiliza las sombras para ocultar las intenciones del protagonista que poco a poco serán más evidentes. El monstruo emana desde el interior y revela al público la vulnerabilidad del individuo la cual se provoca por nuestras inseguridades. Las escenas recurrentes consolidan los comportamientos hostiles entre los personajes, la forma sutil de desacreditar al otro para alimentar su autoestima. La escena del minuto diez se conecta con la del minuto setenta y uno, al presentar un restaurante donde las parejas presumen de sus logros profesionales y sin embargo cada uno de ellos demerita el éxito del otro. Este ritmo dentro de la naturaleza dramática afianza el narcisismo de los individuos donde se refleja esa competitividad que desarrollamos en nuestras relaciones sociales.

La extravagante forma de vestirnos, los gritos que emanan de nuestras conversaciones, los cristales con los que adornamos nuestras falanges, son sólo algunos ejemplos de esa necesidad de hacernos notar a la mirada de todos. No estamos dispuestos a darle tregua al otro, nuestra lucha constante por sobresalir nos hace olvidar que es gracias al prójimo que soy, existo y pertenezco.

Enfermarnos de nosotros mismos es el resultado de vivir enajenados en la imagen que revelamos al mundo y que se distancia de nuestra autentica esencia.

Ítalo Mario Ruas Arias.
Director cinematográfico.

Dentro de sus múltiples actividades realizadas en el mundo de la cinematografía destacan:

Desde el año 2020 coproductor del proyecto "Telemática cultural", para la difusión de la cultura, en México y países de habla hispana, cada semana transmiten conferencias virtuales sobre cuestiones de humanidades. De 2017 a 2020 implementó y dirigió un espacio cinematográfico y con alianza de la Cineteca Nacional y otras distribuidoras, realizó la curaduría cinematográfica de más de 200 películas, incluyendo el estreno de la película Roma y los cortometrajes del Festival de cine de Morelia.

Su cortometraje "Papalotl" participó en varios festivales de cine y fue selección nacional en Rusia por Green Vision XII International Environmental Film Festival 2017, dicho cortometraje obtuvo diversos galardones y mereció elogios en festivales de Portugal, México y España.

Desde hace catorce años es docente de distintas prestigiosas universidades, como la Universidad Anáhuac y otras. Durante varios años fue director de comunicaciones en el Centro Universitario CUIH, y para la casa productora Punto de Idea realizó diversas actividades como fotógrafo, camarógrafo, asistente de producción, y otros, para la producción de diversos videos.

Desde el 2005 es director de cine independiente y ha elaborado diversos videos comerciales y cortometrajes, entre los que destacan: Juego de rol, de Kieven Herrasti; El Payaso y Lindé, ambos de Mariana Gómez y ha asesorado diversos proyectos estudiantiles de cine en la Universidad Iberoamericana.

Finalmente es de mencionar que desde 2007 imparte cursos de apreciación cinematográfica, en los que se entablan diálogos con el público, que abarca la historia, estética, técnica y los discursos filosóficos de obras cinematográficas, así como el reconocimiento de los directores y su trascendencia en el medio.

FESTIVAL DE CANNES
UN CERTAIN REGARD
2022 OFFICIAL SELECTION

SEMINCI
DE LA IDEA
CINEFESTIVAL

MEJOR PELÍCULA
PUNTO DE ENCANTO

PREMIOS JÓVENES
MEMORIA ESPECIAL

**DE LOS PRODUCTORES DE
LA PEOR PERSONA
DEL MUNDO**

SICK OF MYSELF

★★★★★
"COMEDIA NEGRA PERFECTA"
TIME OUT

★★★★★
"PERVERSA DELICIA"
THE HOLLYWOOD REPORTER

★★★★★
"INOLVIDABLE"
CINEUROPA

un film de **KRISTOFFER BORGLI**

**DISPUESTA A TODO
PARA LLAMAR TU ATENCIÓN**

CO-PRODUCCIÓN DE BETA, CO-PRODUCCIÓN DE LOS PRODUCTORES, DISTRIBUCIÓN INTERNACIONAL, FILM DE LA PRODUCCIÓN PARA DISTRIBUCIÓN INTERNACIONAL
DISTRIBUCIÓN EN MÉXICO: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN ESPAÑA: CINEUROPA / DISTRIBUCIÓN EN ARGENTINA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN BRASIL: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN CHILE: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN COLOMBIA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN COSTA RICA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN CUBA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN ESTADOS UNIDOS: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN GUATEMALA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN HONDURAS: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN NICARAGUA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN PANAMÁ: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN PARAGUAY: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN PERÚ: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN PUERTO RICO: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN URUGUAY: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN VENEZUELA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN ARGENTINA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN BRASIL: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN CHILE: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN COLOMBIA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN COSTA RICA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN CUBA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN ESTADOS UNIDOS: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN GUATEMALA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN HONDURAS: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN NICARAGUA: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN PANAMÁ: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN PARAGUAY: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN PERÚ: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN PUERTO RICO: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN URUGUAY: IBEROAMERICANA / DISTRIBUCIÓN EN VENEZUELA: IBEROAMERICANA



“LA FLOR MUERTA” DE MANUEL OCARANZA

por Ana Lourdes Ross Aguilar

Una de las obras más reconocidas del costumbrismo mexicano del eminente pintor Manuel Ocaranza, es “La flor muerta”. Realizada en su juventud, en el año de 1868, es una muestra magnífica del sentido del pensamiento contextual en esos años de la República Restaurada, mismos que con maestría desvelara la investigadora Angélica Velázquez, en el que nos basaremos para algunos puntos de su análisis iconográfico.

El costumbrismo como vertiente pictórica, se encuentra asociado a la búsqueda de representación del entorno, del contexto y de las singularidades de lo cotidiano de la sociedad. En el México decimonónico, los artistas adscritos a esta corriente como Saturnino Herrán, Agustín Arrieta o el propio Ocaranza, hicieron retratos de escenas, situaciones, tradiciones y costumbres específicas de la sociedad mexicana, que hoy nos ayudan a comprender ese pasado que dista a más de siglo y medio.

Nacido en Uruapan, Michoacán, en 1841, Manuel Ocaranza presentó esta pintura en 1869 junto con “Amor de colibrí”, que se considera precedente temático, aunque la realizó posterior a ésta. De primera instancia, vemos a una joven que, con las manos entrelazadas, contempla acongojada una azucena que se ha roto y pende apenas sujeta de su recto tallo. En un ambiente abierto, probablemente rural por el paisaje que se observa del lado derecho y con una fuente a lo lejos y un cuerpo de agua que se dibuja en lontananza, la silueta de

la joven se recorta contra un muro. Ella, sin joyas y el rostro límpido, sin maquillaje alguno, lleva un vestido de muselina blanca y en la cintura una cinta roja. Enredaderas circundan la escena como un techo de hojas y rodean el jarrón del que nace la alba flor, que se encuentra sobre una pequeña barda.

Al encontrarse sin maquillaje alguno, la presentación de esta joven mujer remite a un momento en que la preocupación vana por el arreglo ha perdido el sentido. El único toque de color que lleva, son las cintas rojas de su cintura y cabello, color que contrasta con la pátina verdosa que ambienta todo el cuadro. Su tristeza cobra sentido cuando se relaciona la azucena como la flor de la Anunciación de la Virgen María, que representa pureza, virginidad y castidad por su color blanco; la flor aquí es impoluta frente a la riqueza de tonalidades del vestido de la protagonista, aunque también es blanco.

En el México decimonónico juarista, existía un símbolo que fue usual particularmente en la década de los sesenta, y que es el parangón de mujer-flor, que aquí se muestra en una confrontación evidente. Como analogía, si la flor es una mujer, un tallo maltratado que eventualmente marchitará la flor remite a que la joven no solo lamenta la pérdida de la flor con su tallo roto, sino que la pena es por algo más: una mujer que ha perdido tal vez por amor y con engaño, su virtud, como se pensaba en aquel tiempo, lo que significa entonces, que la flor marchita se establece como la virginidad perdida.

Este sentido lo comprendieron fácilmente los contemporáneos a Ocaranza, como Guillermo Prieto que visitó la Academia de San Carlos al tiempo que terminaba la obra el pintor. En sus notas, Prieto le pregunta a la casi niña por qué llora y no aprecia el amanecer que perla de rocío la enredadera y, en tono aleccionador, refiere algún arrepentimiento. Esto muestra que el simbolismo de la obra era claro por formar parte de un entender común que hace la lectura desde la actitud y gestos de la protagonista, hasta la ausencia de indumentaria y peinado de moda que porta.

En el cabello, irregular, apenas sujeto por la cinta y que cae sobre su espalda, podemos ver cierta referencia a María Magdalena, por el arrepentimiento que muestra su rostro triste, mismo que se refleja en la flor rota. En este espejo, la flor como la mujer, no dejan de ser hermosas; lo son en todo su amplio sentido, por lo que el pensamiento aleccionador y moralista de la época se dirige tanto a la enseñanza hacia las personas en torno al comportamiento en la virtud y alejada de las frivolidades, como en la redención cristiana, motivos que nos llevan entonces a una lectura mucho más completa sobre el costumbrismo.

Este género, entonces, no es solo el mostrar los denominados “tipos mexicanos”, sino también es expresión de un pensamiento, en este caso de identificación moral y romántica entre la mujer y la flor, que conlleva lecturas diversas y elementos históricos que hoy no son tan directos para desvelar; así, en esta pintura se halla una prefiguración del pensamiento moderno. La mujer y la flor muerta son símbolos de un cambio que también aconteció en el país con la generación liberal y la Reforma, motivos que también suscitan reflexiones, pues Ocaranza, de pensamiento liberal, pudo también hacer una velada referencia a la Patria.

Ana Lourdes Ross Aguilar

Es licenciada en Ciencias Humanas en la Universidad del Claustro de Sor Juana, estudió las bases de dibujo y pintura para aproximarse más a fondo a la teoría y la crítica artística, a través del conocimiento de materiales, técnicas y elementos formales.

Cursó una maestría en Historia del arte en la UNAM, se dedicó a la docencia de arte, a dar conferencias y visitas guiadas por las rutas del centro histórico, a la enseñanza de la historia, a la investigación, a la coordinación y elaboración de los editoriales de un Boletín; se graduó posteriormente de la Maestría en Arte Contemporáneo en México y con estas bases diseñó, junto con una colega, un Museo Itinerante sobre el concepto del Arte Moderno y el Horror desde la perspectiva filosófica.

Durante ocho años llevó la Dirección Académica de un Centro Universitario, en el Estado de México y, finalmente, por su labor docente le fue concedido el Doctorado Honoris Causa por el Colegio Internacional de Profesionistas.

Cuenta con experiencia de más de 21 años como docente ante grupo en diplomados, licenciaturas y posgrados; actualmente se desempeña en la Universidad Virtual Anáhuac, con trayectoria de varios años, donde desarrolla y es docente en diplomados de teoría e historia del arte universal.



DESTELLOS DE LUZ

Exposición fotográfica Destellos de la micro
inmensidad por Italo Ruas.

Destellos de la micro inmensidad es la primera exposición fotográfica del Cineasta y fotógrafo Italo Ruas, una exhibición que inauguro el 19 de octubre del 2023 en el Centro Cultural Luis Nishizawa, en el Estado de México.

Desde el material impreso que decidió el autor, hasta la colocación de las imágenes en unos caballetes hechos de coroplast nos introduce a un mundo ligero y frágil que a la vez nos produce fortaleza e impacto por las fotografías propuestas. Nos introduce a un universo ya casi olvidado por nuestra cotidianidad, el micro cosmos repleto de colores, formas, texturas, sonidos sutiles, coros armoniosos que envuelven nuestra existencia. Este mundo de los artrópodos frente a un lente, produce la intimidad adecuada para que el observador se involucre en una experiencia estética y logre captar cada detalle de los elementos que sostienen el equilibrio natural de nuestro entorno.

Los títulos de cada obra al igual que las frases son un recurso del autor para dialogar con las imágenes, existe una secuencialidad entre la palabra escrita y la efigie que al mismo tiempo provoca un ritmo en la setenta y dos laminas de toda la presentación. El montaje nos presenta islas conformadas de seis fotografías para permitir al observador viajar sin limites al deseo del inconsciente y así promover su propia experiencia individual.

Estos destellos de luz nos envuelven en nuestras dudas y permiten fluir a la vida al dejar de cuestionar los planes universales sobre nuestra existencia.









TACHES Y TACHONES

Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

Taches y tachones

Aviso de gratuidad.

Taches y tachones es una publicación de circulación gratuita, elaborada por un grupo de amigos con el único y exclusivo propósito de divulgar las letras y las artes, razón por la que no persigue fines de lucro y por ende carece y carecerá de ingresos, porque hasta los avisos comerciales son gratuitos; tampoco tiene erogaciones y los esporádicos gastos que lleguen a presentarse serán sufragados por los administradores de la revista, con cargo a su propio peculio.